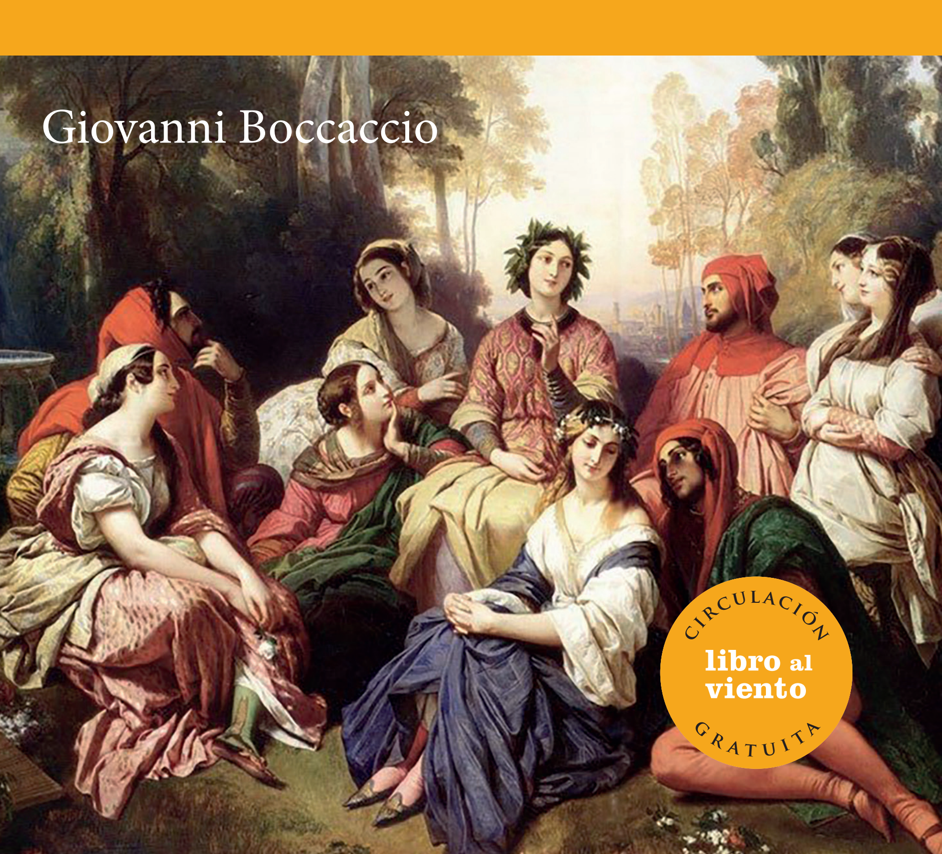
Diez cuentos del Decamerón

Giovanni Boccaccio





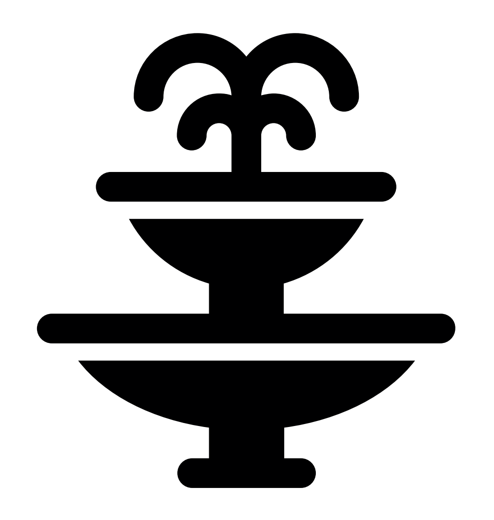
Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura, recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.




LIBRO AL VIENTO UNIVERSAL

Diez cuentos del Decamerón



Primera edición: Bogotá, julio de 2020

Imagen carátula: *El Decamerón*, Franz Xaver Winterhalter.
Ilustraciones de portadillas: https://thenounproject.com/ (Niccolò Di Gregorio, Christian Mohr, Phạm Thanh Lộc, aitor, zidney, Laymik, Alex Muravev, Vectors Point y Chrystina Angeline)

Fredy Javier Ordóñez, edición
Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación
978-958-5595-34-7, isbn
Formas e Impresos, Impresión
Impreso en Colombia

Gerencia de Literatura Idartes
Carrera 8 n.º 15-46
Bogotá D. C.
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
@LibroAlViento @Libro_Al_Viento

Contenido

Presentación 7

Primer cuento del primer día 15

Cuarto cuento del segundo día 39

Tercer cuento del tercer día 49

Sexto cuento del cuarto día 67

Cuarto cuento del quinto día 81

Séptimo cuento del sexto día 93

Segundo cuento del séptimo día 101

Primer cuento del octavo día 111

Primer cuento del noveno día 119

Noveno cuento del décimo día 131

Presentación

Humberto Ballesteros

En el *Infierno* de Dante, en el círculo de la lujuria, una pecadora llamada Francesca da Rimini asegura que la causa de su condena fue un libro. Un día, cuenta, me senté con mi cuñado a leer la historia de Lanzarote, el caballero de la Mesa Redonda que tuvo amores con Guinivere, la esposa del rey Arturo. Leímos el momento en que, con la ayuda de un príncipe llamado Galehaut, Lanzarote tiene un encuentro furtivo con la reina, y le da un beso. Cuando los protagonistas de la historia se dieron ese beso, tanto mi cuñado como yo levantamos la mirada y nuestros ojos se encontraron. Aquel día no leímos más. Pero la culpa, insiste Francesca, no es mía, es de la literatura: "Galeotto fue el libro y quien lo hiciera" (*Galeotto fu il libro e chi lo scrissi*). Tanto ese libro como quien lo escribió fueron nuestro Galehaut, los intermediarios aciagos de nuestro adulterio.

Nacido en Florencia en 1313, al tiempo que se escribían los primeros cantos de la *Comedia,* Giovanni Boccaccio habría de convertirse, no sólo en uno de los *más ardiente*s admiradores de Dante, sino también en el principal divulgador de su obra. En una época en que los libros circulaban exclusivamente de forma manuscrita, Boccaccio dedicó buena parte de su tiempo a copiarla, y los ejemplares más antiguos que conservamos son de su puño y letra; y además, sus últimos años los empleó en un ciclo de conferencias sobre la obra dantesca. Su célebre comentario lo interrumpió la muerte, a la altura del canto xvii del *Infierno*. Es por eso que resulta sugerente que el subtítulo del *Decamerón* —del cual se seleccionaron diez cuentos para esta entrega de Libro al Viento—, la obra que habría de consagrar a Boccaccio como una figura comparable a la de su *ídolo*, sea precisamente «Príncipe Galeotto». Galehaut.

Dante, nos dice Boccaccio con un guiño en el título de su *Decamerón*, habla de libros tan peligrosos que conducen a sus lectores al infierno; pues bien, he aquí un ejemplo.

* * *

En el seno de una literatura cuyo logro más alto hasta entonces era la lírica amorosa, el *Decamerón* encabeza una rebelión tan inusitada como bienvenida. A

cambio del verso, Boccaccio opta por la prosa; y al tono entre místico y moralizante de un Dante o un Guinizzelli, le opone un estilo retozón, jovial y enredador, por momentos vulgar sin arrepentimiento. Pero la tradición que recupera es igual de antigua: la de los relatos enmarcados, narraciones que incluyen una multitud de otras narraciones en su interior, a la manera del *Panchatantra*, el *Calila y Dimna* o las *Mil y una noches.*

Estamos en 1348, año aciago que el autor vivió en carne propia, en que la peste negra asoló a Europa y dio muerte a la mitad de su población. Un grupo de jóvenes nobles, siete mujeres y tres hombres, se encuentra en la iglesia de Santa María Novella y decide escapar de la plaga a una idílica villa rural, donde se dedicarán a descansar, deleitarse con comida, bebida y música, y sobre todo a contarse cuentos. Narrados por esos diez jóvenes y distribuidos en diez jornadas, los relatos del *Decamerón* suman cien en total, de los cuales esta antología recoge uno por jornada.

El primer cuento, y uno de los más famosos, es la historia de Cepparello, un criminal y mentiroso redomado que en su lecho de muerte, gracias a una confesión cuidadosamente ejecutada, logra convertirse en santo e incluso hacerles milagros a sus fieles. A la manera de su primer protagonista, los cuentos

del *Decamerón* reconfiguran la realidad difícil de la Alta Edad Media florentina, convirtiéndola en un juego erótico y retórico, a veces violento, otras irónico o grotesco, y casi siempre cómico: una explosión de enredos, risas y situaciones absurdas, una celebración carnavalesca de la vida pero también un elenco de sus miserias. Las monjas son tan lúbricas y mañosas como los salteadores de caminos; los padres machistas resultan burlados; las esposas abusadas cobran venganza, y las lujuriosas se las ingenian para que sus esposos les costeen el sexo con sus amantes; los mercaderes superan en ingenio a los nobles y a los reyes; las muchachas se disfrazan de hombres y se convierten en dueñas de su destino; las novias trajinadas recuperan su virginidad, se casan con toda pompa y son felices para siempre. Y también, por supuesto, sucede lo contrario: la esposa abnegada es abusada hasta el punto de ruptura y su esposo resulta premiado, o el justo es castigado y el criminal sale impune, o la víctima inocente de un robo entiende que la única manera de defenderse de la maldad del mundo es aprender a robar a su vez. Así, el *Decamerón* es un ejemplo brillante, acaso el más auténtico que nos ha legado la literatura, de la tradición popular medieval que nació, creció y maduró en las peligrosas y coloridas calles de las ciudades emer-

gentes de Europa, y aprendió a hacer dinero, a burlar al burlador, a beber en las tabernas cantando canciones vulgares, a comer hasta hartarse, a aprovecharse de todo y de todos, y sobre todo a reír; a reír de todo y sobre todo de sí misma, porque la vida es corta y violenta pero también un milagro.

* * *

El padre de Giovanni Boccaccio era banquero, empleado de la famosa Compagnia dei Bardi que dos siglos después habría de financiar los primeros viajes ingleses a Norteamérica. De su madre no sabemos nada, y se ha especulado, acaso no sin razón, que era hijo ilegítimo. El viejo Boccaccino, luego de un traslado a Nápoles por razones de trabajo, lo quiso introducir al negocio familiar, pero su hijo tenía otros intereses. A fuerza de terquedad, logró que se lo inscribiera en el *Studium,* que luego habría de convertirse en la Universidad de Nápoles, ostensiblemente con el propósito de estudiar derecho canónico; en cambio, se dedicó a leer poesía y filosofía natural y a codearse con los intelectuales y artistas napolitanos de la época. En algún momento entre 1335 y 1340, con la publicación de su *Filóstrato,* un poema narrativo que habría de inspirar a Chaucer y a Shakespeare, Giovanni se convirtió en escritor, oficio

al que se dedicaría hasta su muerte; y en 1341 regresó a Florencia, capital cultural de la Italia fragmentada de entonces, y la ciudad que, fuera de un par de cortos períodos, se convertiría en su casa y también en el hogar por derecho propio de su imaginación.

La obra de Boccaccio es extensa, variada y tan influyente como contradictoria. Incluye, entre otros, el *Filócolo,* la primera novela en prosa italiana; el *Ninfale fiesolano,* un poema narrativo de amor en octavas rimadas que inspiraría después el género español de la novela pastoril; la *Elegía de Madonna Fiammetta,* un monólogo en prosa considerado por algunos como la primera narración psicológica de largo alcance de la tradición europea, e inspiración de novelistas sentimentales como Juan Rodríguez del Padrón y Diego de San Pedro, y también, por esa misma vía, de la *Celestina* de Fernando de Rojas; un tratado sobre Dante y un extenso comentario a los primeros cantos de su *Infierno*; un amplio poemario en vulgar florentino; la *Genealogia deorum gentilium,* una enciclopedia en latín de los dioses paganos que se erigiría en una de las fuentes clave del Renacimiento, y el *De mulieribus claris,* una colección de biografías de mujeres famosas, escrita también en latín, que utilizarían como fuente Geoffrey Chaucer y Christine de Pizan. En octubre de 1350, Boccaccio fue

designado para que encabezara la comitiva florentina que habría de recibir al famoso poeta Petrarca, que se quedó en su casa durante su estadía. Nació así una de las amistades más fructíferas de la Alta Edad Media italiana; una conversación, sobre todo epistolar, que duraría un par de décadas, y nutriría decisivamente la obsesión europea de recuperar la cultura clásica.

Fue probablemente por influencia de Petrarca que, después de 1350, el estilo del autor del *Decamerón* comenzó a cambiar. Se inclinó por escribir en latín más que en toscano, se dedicó a géneros diferentes, y escribió un delirante pseudo tratado misógino, el *Corbaccio,* que parece diseñado para contradecir punto por punto la moralidad laxa y el humor explosivo y chabacano de su *Decamerón.* Y sin embargo es por este último que se lo recuerda. Su colección de 100 cuentos fue uno de los libros más publicados, traducidos y leídos en Europa en los siglos subsiguientes, y en el siglo XVII el filólogo Pietro Bembo lo declaró oficialmente como el modelo a seguir para los prosistas italianos del futuro. Y aunque el género literario que representa, el cuento breve (*novella* en toscano), tardó en popularizarse, su influencia fue decisiva para que el relato breve en prosa se convirtiera con el tiempo en una de las categorías principales de la literatura.

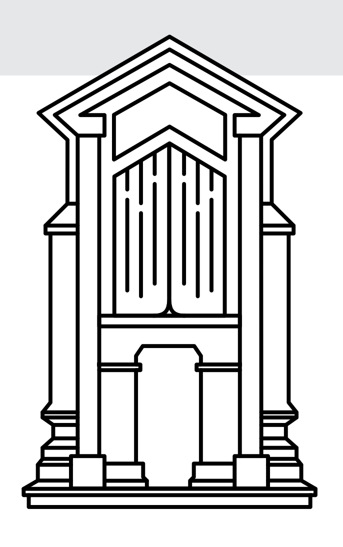
Sin duda es una gran fortuna que los libros, una vez escritos, sean propiedad de sus lectores más que de sus autores.

* * *

En el primer cuento del *Decamerón,* al final de la historia del "santo" Cepparello, el narrador reflexiona que Dios es el único que sabe si ese terrible criminal en verdad se arrepintió, y acaso los portentos que celebran quienes le rezan sean auténticos. Implícita está la intuición de que la vida es equívoca por naturaleza, pero también breve, y por lo tanto gozarla es la única manera cabal de entenderla.

"¿Tendrá razón Dante?", podría preguntarse el lector antes de aventurarse en los cuentos de Boccaccio. "¿Será capaz la literatura de arrastrar al lector al pecado?". Por supuesto que puede, le contesta el autor con su título; así que adelante, porque no existe placer mayor que el de pecar con conocimiento de causa.

Primer cuento del primer día



Primer día, en el que se discurre sobre lo que más le agrada a cada uno

Micer Cepparello engaña a un santo fraile con una falsa confesión y muere después, y habiendo sido un hombre malvado en vida, muerto es reputado por santo y llamado san Ciapelletto.

Conviene, queridísimas amigas, que a todo lo que el hombre hace le dé principio con el nombre de Aquel que fue hacedor de todos; por lo que, siendo yo el que primero, voy a comenzar narrando uno de sus maravillosos hechos para que, oyéndolo, nuestra esperanza en él como en cosa inmutable se afirme, y siempre sea por nosotros alabado su nombre. Manifiesta cosa es que, como las cosas temporales son todas transitorias y mortales, están en sí y por fuera de sí llenas de dolor, de angustia y de fatiga, y sujetas a infinitos peligros. Y nosotros, los que vivimos mezclados con ellas y somos parte de ellas, no podríamos

resistir ni hacerles frente, si la especial gracia de Dios no nos presta fuerza y prudencia. Y no es de creer que descienda esta gracia por mérito alguno nuestro, sino por la propia benignidad de Dios y por las plegarias de aquellos que, como nosotros, fueron mortales y, habiendo seguido bien sus gustos mientras tuvieron vida, ahora se han transformado con él en eternos y bienaventurados. A ellos, que están informados de nuestra fragilidad, acudimos (no atreviéndonos a dirigir nuestras plegarias a tan grande juez), y les rogamos por las cosas que juzgamos oportunas. Y aún más en Él, lleno de piadosa liberalidad hacia nosotros, señalemos que, no pudiendo la agudeza de los ojos mortales traspasar en modo alguno el secreto de la divina mente, a veces sucede que, engañados por la opinión, hacemos intercesores ante su majestad a gentes que han sido arrojadas por Ella al eterno exilio. Sin embargo, Él, para el que nada está oculto (y que mira más la pureza de quien ora, que su ignorancia o el exilio de aquel a quien le ruega), escucha a quienes le ruegan como si fuera bienaventurado ante sus ojos. Esto será manifiesto en la narración que me dispongo a contar: quiero decir, no el juicio de Dios, sino el seguido por los hombres.

Se cuenta que Musciatto Franzesi al convertirse, de riquísimo y gran mercader en Francia, en

caballero, y debiendo encaminarse a Toscana con el hermano del rey de Francia, micer Carlos Sin Tierra, solicitado este por el papa Bonifacio, dándose cuenta de que sus negocios estaban, como muchas veces lo están los de los mercaderes, muy intrincados acá y allá, y que no se podían fácil ni súbitamente desenredar, resolvió encomendarlos a varias personas, y para todos los problemas encontró a quién. Sin embargo le quedó la duda de a quién encargar el rescate de unos créditos hechos a varios borgoñones. Y dudaba porque sabía que los borgoñones eran intratables y de mala condición y desleales, y a él no le venía a la cabeza quién pudiese haber tan malvado en quien pudiera tener alguna confianza para que pudiese oponerse a su perversidad. Y después de pensar largamente en este asunto, le vino a la memoria micer Cepparello de Prato, que muchas veces se hospedaba en su casa de París. Y como era pequeño de persona y se acicalaba mucho, y no sabiendo los franceses qué quería decir Cepparello, pero creían que quería decir *cappello*, es decir "guirnalda" en su lengua vulgar, no lo llamaban Ciapello sino Ciappelletto, y por Ciappelletto era conocido en todas partes, y muy pocos como Cepparello lo conocían.

Era este Ciappelletto de esta vida: siendo notario, sentía grandísima vergüenza si alguno de sus

documentos (aunque fuesen pocos) no fuera falso; de estos hacía todos los que le pedían, y con más gana que de los otros, aunque estos se los pagaran mejor. Declaraba en falso con sumo deleite, tanto si se le pedía como si no; y como en aquellos tiempos en Francia se prestaba grandísima fe a los juramentos, y él no se preocupaba por hacerlos falsos, vencía malvadamente en tantas causas cuantas le pidiesen que jurara decir verdad por su fe. Tenía otra clase de placeres (y mucho se empeñaba en ello) en suscitar entre amigos y parientes, y cualesquiera otras personas, males y enemistades y escándalos, de los cuales cuantos mayores males veía surgir, tanta mayor alegría sentía. Si se le invitaba a algún homicidio o a cualquier otro acto criminal, no se negaba nunca y de buena gana iba y muchas veces se encontró gustosamente hiriendo y matando hombres con las propias manos. Gran blasfemador era contra Dios y los santos, y por cualquier cosa pequeña, porque era iracundo más que ningún otro. A la iglesia no iba jamás, y a todos sus sacramentos como a cosa vil escarnecía con abominables palabras; por el contrario, las tabernas y los otros lugares deshonestos frecuentaba de buena gana. A las mujeres era tan aficionado como lo son los perros al bastón, y se deleitaba con su contrario más que ningún otro hombre.

Habría hurtado y robado con la misma conciencia con que oraría un santo varón. Era golosísimo y gran bebedor hasta el punto de a veces sentir repugnantes náuseas. Y era solemne jugador con dados trucados. Pero, ¿por qué me alargo en tantas palabras? Era el peor hombre, tal vez, que nunca hubiese nacido. Y su maldad largo tiempo la sostuvo el poder y la autoridad de micer Musciatto, gracias al cual muchas veces era respetado, no sólo de las personas privadas, a quienes con frecuencia injuriaba, sino en la Corte, a la que siempre irrespetaba.

Venido, pues, este micer Cepparello a la memoria de micer Musciatto, que sabía de su vida perfectamente, pensó micer Musciatto que aquel era el que se requería para enfrentarse a la maldad de los borgoñones. Llamándole entonces le dijo así:

—Micer Ciappelletto, como sabes, estoy por retirarme del todo de aquí y, teniendo entre otros que entenderme con los borgoñones, hombres llenos de engaños, no sé quién pueda dejar más apropiado que tú para rescatar de ellos mis bienes; y por ello, como tú al presente nada estás haciendo, si quieres ocuparte de esto te procuraré el favor de la Corte y darte aquella parte de lo que rescates que sea conveniente.

Micer Cepparello, que se encontraba agobiado y mal provisto de bienes mundanos y veía que se

iba quien su sostén y auxilio había sido durante mucho tiempo, sin ningún titubeo y como empujado por la necesidad se decidió sin dilación alguna, y dijo que quería hacerlo de buena gana. Por lo que, poniéndose de acuerdo, micer Ciappelletto recibió los poderes y las cartas credenciales del rey y, luego de la partida de micer Musciatto, se fue a Borgoña, donde casi nadie lo conocía: y allí de modo extraño a su naturaleza, benigna y mansamente empezó a rescatar y hacer aquello a lo que había ido, como si reservase el enojo para el final.

Y, hospedándose en la casa de dos hermanos florentinos que prestaban con usura y que por amor a micer Musciatto lo honraban mucho, sucedió que enfermó, con lo que los dos hermanos hicieron prestamente venir médicos y criados para que le sirviesen en cualquier cosa con el fin de que recuperase la salud. Pero toda ayuda era vana porque el buen hombre, que era ya viejo y había vivido desordenadamente, según decían los médicos iba de día en día de mal en peor como quien tiene un mal de muerte, lo que desolaba a los dos hermanos.

Un día, muy cerca de la alcoba en que micer Ciappelletto yacía enfermo, comenzaron a razonar entre ellos.

—¿Qué haremos de este? —decía el uno al otro—. Estamos por su causa en una situación pé-

sima, porque echarlo fuera de nuestra casa tan enfermo sería signo manifiesto de poco juicio al ver la gente que primero lo habíamos recibido y después hecho servir y medicar tan solícitamente, para que ahora, sin él habernos ofendido, lo echemos fuera de nuestra casa tan súbitamente, y enfermo de muerte. Por otra parte, ha sido un hombre tan malvado que no querrá confesarse ni recibir ningún sacramento de la Iglesia y, muriendo sin confesión, ninguna iglesia querrá recibir su cuerpo y será arrojado a los fosos como un perro. Y si se llega a confesar, sus pecados son tantos y tan horribles que no los habrá semejantes y ningún fraile o cura querrá ni podrá absolverle; por lo que, sin la absolución, será también arrojado a los fosos como un perro. Y si esto sucede, el pueblo de esta tierra, tanto por nuestro oficio (que les parece inicuo y al que todo el tiempo maldicen) como por el deseo que tiene de robarnos, al verlo se amotinará y gritará: «Estos perros lombardos a los que la Iglesia no quiere recibir no pueden sufrirse más», y correrán en busca de nuestras arcas y tal vez no solamente nos roben los haberes sino que pueden quitarnos también la vida; por lo que de cualquier modo estamos mal si este se muere.

Micer Ciappelletto, que, decimos, yacía allí cerca de donde estos estaban hablando, teniendo el oído

fino, como pasa con la mayoría de los enfermos, oyó lo que estaban diciendo y los hizo llamar y les dijo:

—No quiero que teman por mí ni tengan miedo de recibir por mi causa algún daño; he oído lo que han estado hablando de mí y estoy segurísimo de que sucedería así como dicen si ocurre lo que suponen; sin embargo, todo sucederá de otra manera. He hecho tantas injurias a Dios, que hacerle una más a la hora de la muerte poco importaría. Por esto, hagan venir el fraile más santo y valioso que encuentren, si hay alguno que lo sea, y déjenme hacer, que yo me encargaré tanto de sus asuntos como de los míos, de tal manera que resulten bien y queden contentos.

Los dos hermanos, sin mucha esperanza, se encaminaron a un convento de frailes y pidieron que algún hombre santo y sabio escuchase la confesión de un lombardo que estaba enfermo en su casa; y les fue dado un fraile anciano de santa y de buena vida, muy entendido en las Escrituras y hombre muy venerable, a quien todos los ciudadanos tenían en grandísima y especial devoción, y lo llevaron con ellos. Cuando llegó a la estancia donde micer Ciappelletto yacía, y se sentó a su lado, primero lo confortó benignamente y le preguntó luego hace cuánto no se confesaba. A lo que micer Ciappelletto, que nunca se había confesado, respondió:

—Padre mío, mi costumbre es confesarme todas las semanas al menos una vez, pero otras semanas me confieso más. Y la verdad es que, desde que me enfermé, hace casi ocho días, no me he confesado, tanto es el malestar que con la enfermedad he tenido.

Dijo entonces el fraile:

—Hijo mío, bien has hecho, y así debes hacer de ahora en adelante; y veo que si tan frecuentemente te confiesas, poco trabajo tendré en escucharte y preguntarte.

Dijo micer Ciappelletto:

—Señor fraile, no diga eso; yo no me he confesado nunca tantas veces ni con tanta frecuencia, que no quiera siempre confesarme de todos los pecados que recuerdo desde el día en que nací hasta mi última confesión; y por ello le ruego, buen padre mío, que me pregunte puntualmente todo lo que pueda, como si nunca me hubiera confesado, y no me tenga compasión por mi enfermedad, que prefiero disgustar estas carnes mías que, excusándolas, hacer cosa que pudiese resultar en perdición de mi alma, cuya salvación la debo a mi Salvador que la rescató con su preciosa sangre.

Estas palabras gustaron mucho al santo varón y le parecieron señal de una mente bien dispuesta;

y luego de que micer Ciappelletto alabó mucho esta práctica, empezó a preguntarle si había alguna vez pecado lujuriosamente con alguna mujer.

A lo que micer Ciappelletto respondió suspirando:

—Padre, en esto me avergüenzo de decir la verdad temiendo pecar de vanagloria.

A lo que el santo fraile dijo:

—Dila con tranquilidad, que por decir la verdad ni en la confesión ni en otro caso nunca se ha pecado.

Dijo entonces micer Ciappelletto:

—Ya que lo quiere así, le diré: soy tan virgen como salí del cuerpo de mi madre.

—¡Oh, bendito seas de Dios! —dijo el fraile—, ¡qué bien has hecho! Y al hacerlo has tenido tanto más mérito cuando, si hubieras querido, tenías más libertad de hacer lo contrario que tenemos nosotros y todos los que están constreñidos por alguna regla.

Luego de esto le preguntó si había desagradado a Dios con el pecado de la gula. A lo que, suspirando mucho, micer Ciappelletto contestó que sí y muchas veces; porque, como fuese que él, además de los ayunos de la cuaresma que las personas devotas hacen durante el año, todas las semanas tuvo la costumbre de ayunar a pan y agua al menos tres días, y se ha-

bía bebido el agua con tanto deleite y tanto gusto, especialmente cuando había sufrido alguna fatiga por rezar o ir en peregrinación, como los grandes bebedores hacen con el vino. Y muchas veces deseó comer aquellas ensaladas de hierbas que hacen las mujeres cuando van al campo, y otras veces le había parecido mejor comer que lo que debía parecerle a quien ayuna por devoción como él ayunaba. A lo que el fraile dijo:

—Hijo mío, estos pecados son naturales y son bastante leves, y por ello no quiero que te apesadumbres la conciencia más de lo necesario. A todos los hombres sucede que les parece bueno comer después de largo ayuno, y, después del cansancio, beber.

—¡Oh! —dijo micer Ciappelletto—, padre mío, no me diga esto por confortarme; bien sabe que yo sé que las cosas que se hacen sirviendo a Dios deben hacerse limpiamente y sin ninguna mancha en el ánimo, y quien lo hace de otra manera peca.

El fraile, contentísimo, dijo:

—Y yo estoy contento de que así lo entiendas en tu ánimo, y mucho me place tu pura y buena conciencia. Pero, dime, ¿has pecado de avaricia deseando más de lo conveniente y teniendo lo que no deberías tener?

A lo que micer Ciappelletto dijo:

—Padre mío, no quisiera que sospechara de mí porque estoy en casa de estos usureros: yo no tengo

parte aquí sino que había venido con la intención de amonestarles y reprenderles y de que se alejaran de este abominable oficio; y creo que habría podido hacerlo si Dios no me hubiese visitado de esta manera. Pero debe saber que mi padre me dejó rico, y de sus haberes, cuando murió, di la mayor parte por Dios; y luego, por sustentar mi vida y poder ayudar a los pobres de Cristo, he hecho mis pequeños negocios y he deseado tener ganancias de ellos, y siempre con los pobres de Dios lo que he ganado lo he dividido, dedicando mi mitad a mis necesidades y dándoles a ellos la otra mitad. En esto me ha ayudado tan bien mi Creador, que siempre de bien en mejor han ido mis negocios.

—Has hecho bien —dijo el fraile—, pero ¿con cuánta frecuencia te has dejado llevar por la ira?

—¡Oh! —dijo micer Ciappelletto—, reconozco que muchas veces me ha pasado. ¿Y quién podría contenerse viendo todo el día a los hombres haciendo cosas sucias, sin observar los mandamientos de Dios, sin temer sus juicios? Muchas veces al día he querido estar mejor muerto que vivo al ver a los jóvenes ir tras vanidades y oyéndolos jurar y perjurar, ir a las tabernas, no visitar las iglesias y seguir más las vías del mundo que las de Dios.

Dijo entonces el fraile:

—Hijo mío, esta es una ira buena y, por lo que a mí respecta, no podría imponerte por ella penitencia. Pero ¿acaso no te habrá podido inducir la ira a cometer algún homicidio o a decir villanías de alguien o a proferir alguna otra injuria?

A lo que micer Ciappelletto respondió:

—¡Ay de mí, señor!, usted, que me parece hombre de Dios, ¿cómo dice estas palabras? Si yo hubiera podido tener el más pequeño pensamiento de hacer alguna de estas cosas, ¿usted creería que Dios me habría sostenido tanto? Esas son cosas que hacen los asesinos y los criminales, de los que, siempre que he visto uno, le he dicho: «Ve a que Dios te convierta».

Entonces dijo el fraile:

—Ahora dime, hijo mío, que bendito seas de Dios, ¿alguna vez has dicho algún falso testimonio contra alguien, o dicho mal de alguien o quitado a alguien cosas sin consentimiento de su dueño?

—Ya, señor, sí —repuso micer Ciappelletto—, he hablado mal de otro, porque tuve un vecino que con la mayor sinrazón del mundo no hacía más que golpear a su mujer, tanto que una vez hablé mal de él a los parientes de la mujer, dada la enorme piedad que me inspiraba aquella pobrecilla, pues cada vez que había bebido de más la maltrataba sólo como Dios sabe.

Dijo entonces el fraile:

—Ahora bien, tú me has dicho que has sido mercader: ¿has engañado alguna vez a alguien como hacen los mercaderes?

—Por mi fe —dijo micer Ciappelletto—, señor, sí, pero no sé quién era: ocurrió que uno me dio unos dineros que me debía por un paño que le había vendido, y yo los puse en un cofre sin contarlos, y vine a ver después de un mes que eran cuatro reales más de lo que debía ser, por lo que, como no lo volví a ver luego de guardarlos un año para devolvérselos, los di por amor de Dios.

Dijo el fraile:

—Eso fue poca cosa e hiciste bien en obrar como lo hiciste.

Después de esto le preguntó el santo fraile sobre muchas otras cosas, sobre las cuales dio respuesta en la misma manera. Y queriendo él proceder ya a la absolución, dijo micer Ciappelletto:

—Señor mío, tengo todavía algún pecado sobre el que aún no he hablado.

El fraile le preguntó cuál, y dijo:

—Me acuerdo que hice a mi criado, un sábado después de nona, barrer la casa y no dediqué al santo día del domingo la reverencia que debía.

—¡Oh! —dijo el fraile—, hijo mío, esa es cosa leve.

—No —dijo micer Ciappelletto—, no he dicho nada leve, que el domingo mucho hay que honrar porque en un día así resucitó de la muerte a la vida Nuestro Señor.

Dijo entonces el fraile:

—¿Alguna cosa más has hecho?

—Señor mío, sí —respondió micer Ciappelletto—, que yo, no dándome cuenta, escupí una vez en la iglesia de Dios.

El fraile se echó a reír, y dijo:

—Hijo mío, esa no es cosa de preocupación: nosotros, que somos religiosos, todo el día escupimos en ella.

Dijo entonces micer Ciappelletto:

—Y cometen gran ruindad, porque nada conviene tener tan limpio como el santo templo, en el que se rinde sacrificio a Dios.

Y en breve, de tales hechos le dijo muchos, y por último empezó a suspirar y a llorar mucho, como quien lo sabía hacer demasiado bien cuando quería. Dijo el santo fraile:

—Hijo mío, ¿qué te pasa?

Repuso micer Ciappelletto:

—¡Ay de mí, señor! Que me ha quedado un pecado del que nunca me he confesado, es tanta la vergüenza que me da decirlo, y cada vez que lo recuerdo

lloro como ve, y me parece muy cierto que Dios nunca tendrá misericordia de mí por este pecado.

Entonces el santo fraile dijo:

—¡Bah, hijo! ¿Qué estás diciendo? Si todos los pecados que han cometido los hombres del mundo, y los que cometerán todos los hombres mientras el mundo dure, fueran de solo un hombre, y este estuviese arrepentido y contrito como te veo, tanta es la benignidad y la misericordia de Dios que, confesándose aquel, se los perdonaría liberalmente; entonces, dilo con confianza.

Dijo entonces micer Ciappelletto, todavía llorando mucho:

—¡Ay de mí, padre mío! El mío es demasiado grande pecado, y apenas puedo creer, si sus plegarias no me ayudan, que me pueda ser por Dios perdonado.

A lo que le dijo el fraile:

—Dilo con confianza, que yo te prometo pedir a Dios por ti.

Pero micer Ciappelletto lloraba y no lo decía y el fraile le animaba a decirlo. Pero luego de que micer Ciappelletto llorara un buen rato, teniendo así en suspenso al fraile, lanzó un gran suspiro y dijo:

—Padre mío, ya que me promete rogar a Dios por mí, se lo diré: sepa que, cuando era niño, maldije una vez a mi madre.

Y dicho esto, empezó de nuevo a llorar inconsolablemente. Dijo el fraile:

—¡Ah, hijo mío! ¿Y eso te parece tan gran pecado? Oh, los hombres blasfemamos contra Dios todo el día y si Él perdona de buen grado a quien se arrepiente de haber blasfemado, ¿no crees que vaya a perdonarte esto? No llores, consuélate, porque si hubieses sido uno de aquellos que le pusieron en la cruz, teniendo la contrición que te veo, te perdonaría Él.

Dijo entonces micer Ciappelletto:

—¡Ay de mí, padre mío! ¿Qué dice? La dulce madre mía que me llevó en su cuerpo nueve meses, día y noche, y me llevó en brazos más de cien veces. ¡Mucho mal hice al maldecirla, y pecado muy grande es; y si no ruegas a Dios por mí, no me será perdonado!

Viendo el fraile que nada le quedaba por decir a micer Ciappelletto, le dio la absolución y su bendición teniéndolo por hombre santísimo, y teniendo por verdadero todo lo que micer Ciappelletto le había dicho: ¿y quién no creería a un hombre en peligro de muerte que confiesa tales cosas? Y después, luego de todo esto, le dijo:

—Señor Ciappelletto, con la ayuda de Dios estará pronto sano; pero si sucediese que Dios llama a su bendita y bien dispuesta alma, ¿le gustaría que su cuerpo fuese sepultado en nuestro convento?

A lo que micer Ciappelletto repuso:

—Señor, sí, que no quisiera estar en otro sitio, puesto que usted me ha prometido rogar a Dios por mí, además de que yo he tenido siempre una especial devoción por su orden; y por ello le ruego que, en cuanto esté en su convento, haz que venga a mí aquel verdadero cuerpo de Cristo que ustedes por la mañana consagran en el altar, porque, aunque no sea digno, busco recibirlo, para que después de la santa y última unción, aunque haya vivido como pecador, muera como cristiano.

El santo hombre dijo que mucho le agradaba y él decía bien, y que haría que de inmediato le fuese llevado. Y así fue.

Los dos hermanos, que temían mucho que micer Ciappelletto les engañase, se habían puesto junto al tabique que los separaba de la alcoba donde micer Ciappelletto yacía y, escuchando, fácilmente oían y entendían lo que micer Ciappelletto le decía al fraile; y sentían algunas veces tantas ganas de reír al oír esas confesiones, que se sentían a punto de estallar de risa, y se decían uno al otro: ¿qué hombre es este, al que ni la vejez ni la enfermedad ni el temor de la muerte que se avecinaba y ni siquiera el temor de Dios, ante cuyo juicio espera tener que estar de aquí a poco, han podido apartarle de su maldad, ni hacer que quiera dejar de morir como ha vivido?

Pero viendo que había dicho que sí, que recibiría la sepultura en la iglesia, de nada de lo otro se preocuparon.

Micer Ciappelletto comulgó poco después y, empeorando sin remedio, recibió la última unción; y poco después del crepúsculo, el mismo día que se confesara, murió. Por lo que los dos hermanos, para que fuese honradamente sepultado como él lo había dispuesto, mandaron a decir a los frailes que viniesen por la noche a velarlo, según era costumbre, y mandaran por el cuerpo en la mañana.

El santo fraile que lo había confesado, al oír que había muerto, fue a buscar al prior del convento, y tras haberle pedido cuenta de sus actos, les mostró a los frailes reunidos que micer Ciappelletto había sido un hombre santo según lo había podido entender de su confesión; y esperando que a través de él Dios mostrase muchos milagros, los persuadió a que con grandísima reverencia y devoción recibiesen aquel cuerpo. Por estas razones el prior y los frailes, crédulos, estuvieron de acuerdo, y por la noche, yendo todos allí donde yacía el cuerpo de micer Ciappelletto, le celebraron una grande y solemne vigilia. Y por la mañana, vestidos todos con albas y capas pluviales, con los libros en la mano y las cruces delante, cantando fueron por este cuerpo y con grandísima

fiesta y solemnidad se lo llevaron a su iglesia, seguidos por toda la gente del pueblo, hombres y mujeres. Y, habiéndolo puesto en la iglesia, subiendo al púlpito, el santo fraile que lo había confesado se extendió sobre él y su vida, sobre sus ayunos, su virginidad, su simplicidad e inocencia y santidad; predicó hechos maravillosos, entre otros contó cómo micer Ciappelletto le confesó llorando lo que para él fue su mayor pecado, y cómo él apenas le había podido meter en la cabeza que Dios se lo perdonaría. Finalmente se volvió a reprender al pueblo que lo escuchaba, diciendo:

—Y ustedes, malditos de Dios, que por cualquier brizna de paja con la que tropiezan blasfeman de Dios y de su Madre y de toda la corte celestial.

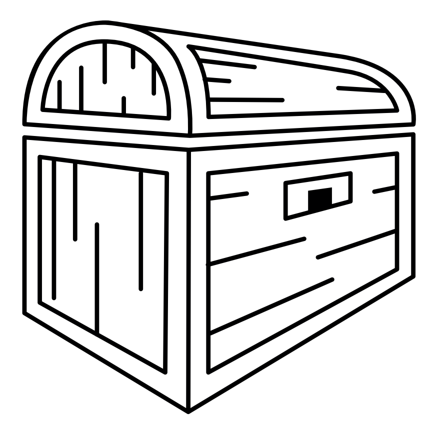
Y además de estas, muchas otras cosas dijo sobre su lealtad y su pureza, y, en breve, con sus palabras, a las que la gente de la comarca daba completa fe, hasta tal punto lo metió en la cabeza y en la devoción de todos los que allí estaban que, después de terminado el oficio, entre los mayores apretujones del mundo todos fueron a besarle los pies y las manos, y le desgarraron todos los paños que llevaba encima, teniéndose por bienaventurado quien al menos un poco de estos pudiera tener. Y se convino que todo el día quedara expuesto de este modo, para que todos lo pudiesen contemplar y visitar.

La noche siguiente, en una urna de mármol fue honrosamente sepultado en una capilla, y al día siguiente empezaron las gentes a ir allí y a encender velas y a venerarlo, y seguidamente a hacer promesas y a colgar exvotos de cera según la promesa hecha. Y tanto creció la fama de su santidad y la devoción en que se le tenía, que no había nadie que se encontrara en alguna adversidad que hiciese promesas a un santo distinto de él, y lo llamaron y lo llaman san Ciappelletto. Y afirman que Dios ha mostrado muchos milagros a través él y los muestra todavía a quien devotamente a él se encomienda.

Así, pues, vivió y murió micer Cepparello de Prato y llegó a ser santo, como han oído. Y no quiero negar que sea posible que sea un bienaventurado en la presencia de Dios porque, aunque su vida fue criminal y malvada, pudo en su último extremo haber hecho un acto de contrición de manera que Dios tuviera misericordia de él y lo recibiese en su reino; pero como esto es cosa oculta, razono sobre lo que es aparente y digo que más debe encontrarse condenado entre las manos del diablo que en el paraíso. Y si así es, debemos reconocer que es grandísima la benignidad de Dios para con nosotros, que no mira nuestro error sino la pureza de la fe, y al interceder por nosotros un enemigo suyo, creyéndolo amigo,

nos escucha, como si a alguien verdaderamente santo recurriésemos como mediador de su gracia. Y por ello, para que por su gracia en la adversidad presente y en esta compañía tan alegre seamos conservados sanos y salvos, alabando su santo nombre, teniéndole reverencia, a él acudiremos en nuestras necesidades, segurísimos de ser escuchados.

Cuarto cuento del segundo día



Segundo día, en el que se cuenta sobre quienes, perseguidos por distintas contrariedades, han llegado, contra toda esperanza, a buen fin

Landolfo Rúfolo, empobrecido, se hace corsario y, preso por los genoveses, naufraga y se salva sobre un cofre lleno de joyas preciosísimas. Luego, recogido en Corfú por una mujer, rico vuelve a su casa.

Se cree que el litoral desde Reggio y Gaeta es la parte más deleitosa de Italia. Y allí, junto a Salerno hay un acantilado que avanza sobre el mar al que los habitantes llaman la costa de Amalfi, llena de pequeñas ciudades, de jardines y de fuentes, y de hombres ricos y mercaderes tan notorios como ningunos otros. Entre dichas ciudades se encuentra una llamada Ravello, en la que, si hoy hay hombres ricos, había hace tiempo uno que fue riquísimo, llamado Landolfo Rúfolo, que, no bastándole su riqueza, deseando duplicarla, estuvo a punto de perderse con toda ella a sí mismo.

Y así como suele ser costumbre de los mercaderes, luego de pensar al respecto compró un grandísimo

barco y con sus dineros lo cargó de varias mercancías y anduvo con él a Chipre. Allí, con aquella misma calidad de mercancías que él había llevado, encontró que habían llegado otros barcos, razón por la cual no solamente tuvo que vender a bajo precio aquello que había llevado, sino que, para colocar sus cosas, tuvo casi que tirar algunas, con lo que estuvo a punto de arruinarse. Y sintiendo por ello grandísima pesadumbre, no sabiendo qué hacer y viendo que de hombre riquísimo pasó en poco tiempo convertido en casi pobre, decidió o morir o resarcirse de sus males robando, para que allí de donde rico había partido no fuese a volver pobre.

Encontrando un comprador de su gran barco, con aquellos dineros y con los otros que le había valido su mercancía, compró un barquito ligero para piratear, y con todas las cosas necesarias a tal servicio lo armó y lo guarneció óptimamente, y se dedicó a apropiarse las cosas de los demás, especialmente de las de los turcos.

En esta empresa la Fortuna le fue mucho más benévola que en aquella de comerciar. En un solo año robó y capturó tantas naves turcas, que se encontró con que no sólo había vuelto a ganar lo suyo que había perdido en el comercio, sino que con mucho lo había duplicado. Por lo cual, enseñado por el dolor de la

primera pérdida, sabiendo que tenía bastante, para no caer en la segunda se aconsejó a sí mismo que aquello que tenía, sin querer más, debía bastarle, y por ello se dispuso a volver con ello a su casa. Y temeroso del comercio no se molestó en invertir de otra manera sus dineros sino que en aquel barquito con el cual los había ganado, haciendo los remos al mar, emprendió el regreso.

Al llegar al Archipiélago, se levantó por la noche un siroco, que no solamente era contrario a su ruta sino que hacía una mar gruesísima y su pequeño barco no hubiera podido soportarlo. Y en un entrante del mar que tenía una islita, de aquel viento al cubierto se recogió, proponiéndose aguardar ahí una mejor oportunidad. Al poco rato de estar en esta caleta, dos grandes bajeles genoveses que venían de Constantinopla, para huir de lo mismo que Landolfo había huido, llegaron con trabajo; y sus gentes, visto el barquichuelo y cortándole el camino para poder irse, oyendo quién era y ya por la fama sabiéndole riquísimo, como hombres que eran naturalmente deseosos de pecunia y rapaces, se dispusieron a tomarlo.

Hicieron bajar a tierra parte de sus gentes, con ballestas y bien armadas, y los llevaron a un lugar tal que del barquichuelo ninguna persona, si no quería ser asaeteada, podía descender; y ellos haciéndose

remolcar por las chalupas y ayudados por el mar, se acercaron al pequeño barco de Landolfo, y con poco trabajo en poco tiempo, con toda su chusma y sin perder un solo hombre, se apoderaron de él a mansalva. Haciendo venir a Landolfo sobre uno de los dos bajeles y cogiendo todo lo que había en el barquichuelo, lo hundieron, apresándole a él, cubierto sólo de un pobre jubón.

Al día siguiente, habiendo mudado el viento, las naves viniendo hacia Poniente izaron las velas, y todo aquel día prósperamente reemprendieron su camino. Pero al caer la tarde se levantó un viento tempestuoso, que haciendo las olas altísimas separó a un bajel de otro. Y por la fuerza de este viento sucedió que aquel en que iba el mísero y pobre Landolfo, con grandísimo ímpetu cerca de la isla de Cefalonia chocó contra un arrecife y semejante a un vidrio golpeado contra un muro se abrió todo y se hizo pedazos. Los desdichados miserables que en ella estaban, estando ya el mar todo lleno de mercancías que flotaban y de cajones y de tablas, aun cuando era oscurísima la noche y estaba la mar gruesa, nadando quienes sabían nadar empezaron a asirse a las cosas que por azar se les paraban delante.

Entre estos el mísero Landolfo, que aun cuando el día anterior había llamado a la muerte muchas

veces, prefiriéndola a retornar a casa pobre como se veía, al verla cerca tuvo miedo de ella. Y al igual que los demás, al venirle a las manos una tabla se asió a ella, para ganar tiempo por si Dios le mandaba alguna ayuda en su salvación. Y a horcajadas de la tabla como mejor pudo, viéndose arrastrado por el mar y el viento a un lado y a otro, se sostuvo hasta el clarear del día. Venido el cual, mirando en torno, no vio sino nubes y mar y un cofre que, flotando sobre las olas del mar, a veces se le acercaba, lo que le causaba grandísimo temor por la posibilidad de que aquel cofre lo golpease y lo ahogara. Entonces siempre que se aproximaba, lo alejaba cuanto podía con la mano, pese a las pocas fuerzas que le quedaban.

Pero sucedió que, desencadenándose de súbito en el aire un remolino de viento que alborotó el mar, aquel cofre dio un golpe tan fuerte contra la tabla en la que Landolfo estaba, que la volcó y arrojó a Landolfo bajo las olas. Cuando volvió arriba, más impulsado por el miedo que por sus fuerzas, vio muy alejada la tabla de él, por lo que, temiendo no poder llegar a ella, se acercó al cofre, que estaba bastante cerca, se puso encima de la tapa y, como mejor pudo, con los brazos trató de conducirla derecha. Y de esta manera, a merced del mar, sin comer, porque no tenía nada, y bebiendo más de lo que habría querido,

sin saber dónde estaba y viendo nada más que olas, pasó todo aquel día y la noche siguiente.

Y ocurrió que, o por placer de Dios o por la fuerza del viento, Landolfo, convertido en una esponja y agarrándose fuerte con ambas manos a los bordillos del cofre como hacen los que están a punto de ahogarse, llegó a una playa de la isla de Corfú, donde una pobre mujer lavaba sus cacharros con arena y agua salada. Esta, al ver que algo se acercaba, sin distinguir en él forma alguna, temiendo y gritando retrocedió. Landolfo, que poco veía y era incapaz de hablar, nada le dijo, pero mandándolo el mar hacia la tierra, ella apercibió la forma del cofre, y mirando después más fijamente distinguió primeramente los mismos brazos sobre el cofre, y luego reconoció la cara y se imaginó lo que era. Por lo que, movida por la compasión, se adentró un tanto en el mar, que ya estaba calmo, y, agarrándolo por los cabellos, con todo el cofre lo arrastró a tierra. Allí con esfuerzo desenganchó las manos del cofre y, puesto este al cuidado de una hija suya que con ella estaba, lo llevó a la tierra como a un niño pequeño. Lo puso en un baño caliente, lo refregó y lo lavó hasta que volvió a él el calor y algunas de las fuerzas desaparecidas. Cuando le pareció oportuno lo atendió y con algo de buen vino y confites lo reconfortó, y algunos días lo tuvo

lo mejor que pudo hasta que él, recuperadas del todo las fuerzas, se dio cuenta de dónde estaba. A la buena mujer le pareció justo devolverle su cofre, que ella había salvado, y le dijo que en adelante se buscase su ventura; y así lo hizo. Él, que de ningún cofre se acordaba, sin embargo lo cogió, visto que se lo daba la buena mujer, pensando que podía servirle para los gastos algún día, pero al encontrarlo muy ligero, menguó su esperanza. Pero esto no le impidió que, fuera de la casa de la buena mujer, lo haya desclavado para ver lo que había dentro. Encontró en él muchas piedras preciosas, engarzadas y sueltas, de las que algo entendía. Al verlas y saber de su gran valor, alabando a Dios que aún no había querido abandonarle, se reconfortó. Sin embargo, como cualquiera que en poco tiempo ha sido fieramente asaeteado por la fortuna dos veces, temiendo la tercera, pensó que le convenía tener mucha cautela para poder llevar aquellas cosas a su casa, por lo que, en algunos harapos, como mejor pudo, las envolvió y le dijo a la buena mujer que no necesitaba ya el cofre, pero que, si le placía, le diera un saco y se quedase con él.

La buena mujer lo hizo de buena gana y él, dándole las mayores gracias que podía por el beneficio recibido de ella, guardándose el saco en el regazo, se separó de ella. Subido a una barca, pasó a Brindisi, y

desde allí, de costa en costa, se dirigió a Trani, donde se encontró con unos conciudadanos suyos. Estos, de oficio pañeros, lo vistieron luego de que les contó todas sus aventuras, salvo la del cofre. Además, prestándole un caballo, lo acompañaron hasta Ravello, adonde él dijo que siempre quería volver.

Aquí, pareciéndole estar seguro, y dándole gracias a Dios que lo había guiado hasta allí, desató su saquito, y auscultándolo con más diligencia que nunca, se encontró que tenía tantas y tales piedras que, vendiéndolas a su precio y aun a menos, era dos veces más rico que cuando se había ido. Buscó entonces el modo de vender sus piedras, y envió una buena cantidad de dineros a Corfú, en pago del servicio recibido, a la buena mujer que lo había sacado del mar; y lo mismo hizo a Trani, a quienes le habían dado de vestir. Lo restante, sin querer comerciar ya más, se lo quedó y honorablemente vivió hasta el fin.

Tercer cuento del tercer día



*Tercer día, en el que se habla de quienes,
con mucho trabajo, consiguieron algo
muy deseado o recobraron algo perdido*

Bajo especie de confesión y de purísima conciencia una señora enamorada de un joven induce a un grave fraile, sin darse él cuenta, a hallar la manera de que el placer de ella tuviese entero cumplimiento.

Me propongo contarles una burla que fue muy justamente hecha por una hermosa señora a un grave fraile, que tanto más agradará a todo seglar, cuanto que muchas veces los frailes son necios y hombres de improvisada educación y costumbres, se creen que más que los otros en todas las cosas, cuando son de mucho menos valor, como quienes por vileza de ánimo, no teniendo inventiva para sustentarse como los demás hombres, se refugian en donde puedan comer, como los cerdos. La que, oh graciosísimas damas, les contaré será no sólo para obedecer la orden impuesta sino también para advertirles de que tam-

bién los religiosos (a quienes nosotras, sobremanera crédulas, demasiada fe prestamos) pueden ser y son algunas veces, no ya por los hombres sino por algunas de nosotras, sagazmente burlados.

En nuestra ciudad, más llena de engaños que de amor o lealtad, no hace todavía muchos años hubo una noble señora adornada de belleza y buenos modales, con alteza de ánimo y con sutiles agudezas tan dotada como la que más por la naturaleza, cuyo nombre (ni tampoco ninguno otro que pertenezca a la presente historia), aunque lo sepa, no voy a revelar porque todavía viven algunos que se llenarían por ello de indignación cuando con risa se debe hablar de esto.

Esta mujer, pues, viéndose nacida de alto linaje y casada con un artesano lanero porque era riquísimo, y no pudiendo evitar desdeñarlo porque, según él, ningún hombre de baja condición, por riquísimo que fuese, era digno de mujer noble. Además, viéndole a él, con todas sus riquezas, incapaz de nada sino apenas de saber distinguir una mezcla o mandar urdir una tela o disputar con una hilandera sobre lo hilado, se propuso no querer de ninguna manera sus abrazos sino cuando no pudiera negárselos, y encontrar a alguien de su gusto que le pareciese más digno de ellos que el lanero. Se enamoró así de un muy

valeroso hombre de mediana edad, que le inspiró tal amor que, el día que no lo veía, por la noche le resultaba imposible descansar. Pero este hombre de bien, no dándose cuenta de aquello, nada se preocupaba, y ella, que era muy cauta, ni por embajada de ninguna mujer ni por carta osaba hacérselo saber, temiendo que podrían sobrevenir posibles peligros.

Al darse cuenta de que aquel frecuentaba mucho a un religioso que, aunque fuera zopenco y obtuso, no dejaba de tener fama entre todos de hombre de mucha valía porque era de santísima vida, juzgó que aquel podía ser el óptimo intermediario entre ella y su amante. Y pensando qué le convenía hacer, se fue a una hora oportuna a la iglesia donde él iba y, mandándolo llamar, dijo que le gustaría confesarse con él.

El fraile, viéndola y estimándola mujer de linaje, la escuchó de buena gana, y ella después de la confesión dijo:

—Padre mío, necesito recurrir a usted por ayuda y por consejo en lo que va a oír. Yo sé, porque se lo he dicho, que conoce a mis parientes y a mi marido, por el cual soy amada más que su vida. Y no hay cosa que yo desee que él, como hombre riquísimo que es, no me la proporcione; por lo cual lo amo a él, más que a mí misma. Por esto, si llegara a pensar en

algo en contra de su gusto o de su amor, no habría mujer culpable más digna del fuego que yo. Ahora bien, uno de quien en verdad no sé el nombre, pero que me parece persona de bien, y si no me engaño lo frecuenta mucho, y que es corpulento y apuesto, y se viste de paños oscuros con gran decoro, y que ha malinterpretado algún gesto mío, parece que me ha puesto sitio y no puedo asomarme a puerta ni ventana ni salir de casa sin que él no se ponga delante. Y me maravillo de que no esté aquí ahora, de lo que mucho me duele, porque tales maneras hacen con frecuencia a las damas honestas ser censuradas sin culpa. Se me ha ocurrido hacérselo saber alguna vez a mis hermanos, pero luego he pensado que los hombres hacen algunas veces las embajadas de manera que las respuestas que se siguen son malas, de lo que nacen malas palabras, y de las palabras se llega a las obras. Por lo que, para evitar cualquier daño y escándalo, me lo he callado. Consideré decírselo a usted antes que a otros, tanto porque me parece que son amigos, como que también porque a ustedes les compete reprender, tanto a los amigos como a los extraños. Por lo que le ruego en nombre de Dios que lo reprenda y le ruegue que no siga con esas costumbres. Hay bastantes mujeres que por ventura estarán dispuestas a estas cosas y les agradará ser miradas y deseadas por él, mientras a

mí me causa gravísimo enojo, como que mi ánimo no está dispuesto a tal materia.

Y, dicho esto, como si estuviera reprimiendo el llanto, bajó la cabeza.

El santo fraile comprendió enseguida de quién hablaba, y alabando mucho a la señora por su buena disposición y firmemente creyendo cierto lo que decía, le prometió actuar de tal manera que no volvería a ser molestada por aquel. Y, sabiendo que era muy rica, le alabó las obras de caridad y las limosnas, contándole sus necesidades. A lo que la señora dijo:

—Se lo ruego por Dios. Y si llega a negarlo, dígale con firmeza que soy yo quien le ha dicho esto, y que me duele mucho lo que hace.

Hecha la confesión e impuesta la penitencia, acordándose de los encomios hechos por el fraile a las limosnas, llenándole ocultamente la mano de dineros, le rogó que dijese misas por el alma de sus muertos y, levantándose, se volvió a su casa.

Como acostumbraba, no después de mucho tiempo el hombre de bien vino a ver al santo fraile. Y luego de charlar de una cosa y de otra durante un rato, el fraile lo llevó aparte y, con modos muy corteses, lo reprendió la atención y las miradas que, creía, dedicaba a aquella señora, tal como ella le había explicado. El hombre de bien se asombró, pues nunca

la había mirado y rarísimas veces acostumbraba a pasar por delante de su casa, y quiso empezar a excusarse, pero el fraile no lo dejó hablar, sino que le dijo:

—Ahora no finjas sorprenderte ni gastes palabras en negarlo, porque no puedes; no he sabido estas cosas por los vecinos: ella misma, quejándose mucho de ti, me las ha dicho. Y si a ti estas cosas ya no te están bien, de ella te digo esto: si alguna vez he encontrado alguna mujer esquiva a estas tonterías, ella es; entonces, por tu honor y por tu tranquilidad, te ruego que la dejes en paz.

El hombre de bien, más agudo que el santo fraile, sin demasiada tardanza comprendió la argucia de la mujer. Mostrando algo de vergüenza, dijo que no se entrometería en aquello de allí en adelante y, separándose del fraile, de su casa fue a la de la señora, la cual siempre estaba asomada a una pequeña ventana para verlo si pasaba. Y viéndolo venir, tan alegre y tan graciosa se le mostró, que él bien pudo comprender que había entendido la verdad por las palabras del fraile. De aquel día en adelante, entonces, muy cautamente, con placer suyo y con grandísimo deleite y consuelo de la señora fingiendo que otro asunto fuese el motivo, continuó pasando por aquel barrio.

Pero la señora después de algún tiempo, ya convencida de que le gustaba tanto como él a ella, de-

seosa de inflamarlo más y asegurarle del amor que le tenía, buscando el lugar y el momento, al santo fraile volvió, y echándosele a los pies en la iglesia, empezó a llorar. El fraile, viendo esto, le preguntó compasivamente qué le ocurría. La señora repuso:

—Padre mío, las noticias que traigo no son sino de aquel maldito amigo suyo de quien me he quejado a usted hace unos días, porque creo que ha nacido para irritarme grandemente y para tentarme a hacer algo, que si lo hiciera, no podría volver a estar contenta ni me atrevería a poner de nuevo los pies aquí.

—¡Cómo! —dijo el fraile—, ¿no ha dejado de molestarla?

—Cierto que no —dijo la señora—, pues desde que me quejé de ello con usted, como por despecho, habiendo tomado sin duda a mal mi queja, si antes pasaba una vez, ahora pasa siete. Y ojalá el pasar y el mirarme le bastaran, pero ha sido tan atrevido y tan descarado que ayer me mandó a una mujer a casa con noticias suyas, y como si yo no tuviese escarcelas o cintos me mandó una escarcela y un cinto, lo que he tomado y tomo tan a mal, que creo que habría hecho un gran escándalo, pero al fin me serené y no he querido hacer ni decir nada sin hacérselo saber antes a usted. Además de esto, habiendo ya devuelto la escarcela y el cinto a la mujercilla que los había

traído, para que se los devolviese, y habiéndola despedido con malos modos, temí que se fuera a quedar con ellos y le dijera que yo los había aceptado, como entiendo que hacen algunas veces. Entonces la volví a llamar y llena de enojo se los quité de la mano y se los he traído a usted, para que se los devuelva y le diga que no tengo necesidad de sus cosas, porque, por merced de Dios, y de mi marido, tengo tantas escarcelas y tantos cintos que podría enterrarme con ellos. Y, a usted, padre, le aviso que si él no se corrige, lo diré a mi marido y a mis hermanos, y que pase lo que tenga que pasar; que más quiero que él reciba injurias si debe recibirlas que ser difamada por su culpa. ¡Esto es lo que le quería decir!

Y dicho esto, llorando mucho, se sacó de debajo de la saya una preciosísima y rica escarcela con un valioso y elegante cintillo y se la echó al fraile en el regazo; el cual, totalmente crédulo de lo que la señora le decía, muy airado lo tomó y dijo:

—Hija, si de estas cosas te enojas no me maravillo ni te reprendo por ello; al contrario, mucho alabo que sigas en esto mis consejos. Yo le reprendí el otro día, y él mal ha cumplido lo que me prometió; por lo que, entre aquello y esto que acaba de hacer, entiendo tirarle de las orejas de tal manera que no te moleste más; y tú, con la bendición de Dios, no

te dejes vencer tanto por la ira que vayas a decírselo a alguno de los tuyos, que podría seguirse de ello mucho mal. Y no pienses que de esto te va a venir ninguna calumnia, que yo seré siempre, ante Dios y ante los hombres, firmísimo testigo de tu honestidad.

La señora fingió consolarse un poco, y dejando a un lado esta conversación, sabiendo de la avaricia del fraile y la de los demás, dijo:

—Señor, estas noches se me han aparecido mucho mis padres en sueños y me parece que están en grandísimas penas y lo que piden es limosnas, especialmente mi mamá, que me parece tan afligida e infeliz que es una lástima verla; creo que está pasando grandísimos sufrimientos al verme en esta tribulación a causa de ese enemigo de Dios, y por ello querría que dijeses por sus almas las cuarenta misas gregorianas y sus oraciones, a fin de que Dios los saque de aquel fuego atormentador.

Y, dicho esto, le puso en la mano un florín.

El santo fraile lo tomó alegremente, y con buenas palabras y con muchos ejemplos alentó su devoción y, dándole su bendición, la dejó irse. Y cuando se fue la señora, no dándose cuenta de que le había tomado el pelo, mandó llamar a su amigo, quien, al verlo tan airado, se apercibió de inmediato de que había noticias de la mujer, y esperó a ver qué decía el

fraile. El cual, repitiéndole las palabras que le había dicho otras veces y hablándole ahora muy enojado, lo reprendió mucho por lo que le había dicho la señora que había hecho. El hombre de bien, que todavía no veía adónde quería llegar el fraile, negaba con poquedad que le hubiera mandado la escarcela y el cinto, para que el padre no lo creyese, si por acaso la mujer se la hubiera dado. Pero el padre, muy enfadado, dijo:

—¿Cómo puedes negarlo, mal hombre? Ahí lo tienes, que ella misma llorando me lo ha traído: ¡mira a ver si lo conoces!

El hombre de bien, haciendo como que se avergonzaba mucho, dijo:

—Claro que lo conozco, y le confieso que he hecho mal. Y juro que, ya que en esa disposición la veo, nunca más oirá una palabra de esto.

Hablaron largamente y, al final, el borrego del fraile le dio la escarcela y el cintillo a su amigo. Y luego de mucho haberle hecho entrar en razón con vehemencia para que no se ocupase más de aquellas cosas, y habiéndoselo él prometido, lo dejó ir. El hombre de bien, contentísimo de la certeza del amor de la mujer y del hermoso presente, cuando se separó del fraile se fue a un lugar desde donde cautamente su señora pudo ver que tenía la una y la otra cosa;

con lo que la señora se puso muy contenta, y más aún porque le parecía que su invención iba de bien en mejor. Y no esperando nada más ya, sino a que su marido se fuese a cualquier parte, para finalizar su obra, sucedió que, por alguna razón, no mucho después de esto tuvo el marido que ir hasta Génova. Y en cuanto se montó en su caballo por la mañana y tomó camino, se fue la señora a donde el santo fraile, y luego de muchas quejumbres, llorando, le dijo:

—Padre mío, ahora sí le digo que no puedo aguantar más. Pero porque el otro día le prometí que no haría nada que antes no le dijese, he venido a excusarme con usted; y para que crea que tengo razón en llorar y quejarme, quiero decirle lo que su amigo, o diablo del infierno, me hizo esta mañana. No sé qué mala suerte le hizo saber que mi marido se fue ayer por la mañana a Génova, pero esta mañana, entró en mi jardín y por un árbol subió hasta la ventana de mi cámara, que da sobre el jardín. Ya había abierto la ventana y quería entrar en la alcoba cuando yo, despertándome, me levanté de repente y estaba dispuesta a gritar, lo que habría hecho si no fuera porque, aún sin entrar, me pidió perdón por Dios y por usted, diciéndome quién era; con lo que, al oírlo, por amor a usted me callé, y desnuda como nací corrí a cerrarle la ventana en la cara. Él en mala hora creo

que se fue, porque no lo escuché más. Ahora, si esto es algo que pueda aguantarse, dígamelo; en cuanto a mí, no voy a soportarle más, pues por atención a usted ya demasiado he sufrido.

El fraile, al oír esto, se sintió tan irritado como el que más. No sabía qué decir, sino que muchas veces le preguntó si había visto bien que fuese él y no otro. A lo que la señora repuso:

—¡Alabado sea Dios, si no voy a distinguirle a él de cualquiera otro! Digo que vi que fue él, y aunque lo niegue él, no se lo crea.

Dijo entonces el fraile:

—Hija mía, no hay más que hablar, esto ha sido demasiada insolencia. Hiciste lo que debías hacer al echarlo de allí. Pero te ruego, puesto que Dios te libró del deshonor, que, así como has seguido mi consejo dos veces seguidas, lo hagas esta vez, es decir, que sin quejarte de ello a ninguno de tus parientes me dejes hacer a mí, y ver si puedo ponerle freno a ese demonio desenfrenado que yo creía que era un santo; y si puedo llegar a apartarle de esta bestialidad, bien; y si no pudiera, desde ahora te doy permiso y mi bendición para que hagas lo que en tu ánimo juzgues por bueno.

—Pues bien —dijo la señora—, por esta vez no quiero hacerlo enfadar ni desobedecerlo, pero bus-

que la manera que se guarde de molestarme más, y le prometo no volver a venir más por este asunto.

Y sin decir más, como enojada, se fue de donde el fraile. Y apenas había salido de la iglesia la señora, cuando el hombre de bien llegó, y fue llamado por el fraile, lo llevó aparte y le espetó los mayores insultos que nunca le habían dicho: desleal y perjuro y traidor lo llamó. Este, que ya otras dos veces había visto lo que querían decir los reproches de este fraile, escuchándole con atención e ingeniándose con respuestas perplejas en hacerle hablar, primeramente le dijo:

—¿A qué viene este enojo, señor mío? ¿He crucificado a Cristo?

A lo que el fraile repuso:

—¡Miren al desvergonzado, oigan lo que dice! Habla ni más ni menos como si hubieran pasado un año o dos y el tiempo le hubiera hecho olvidar sus ignominias y deshonestidad. ¿En los instantes que han pasado desde esta mañana se te han ido de la cabeza las injurias que has hecho al prójimo? ¿Dónde has estado poco antes del amanecer?

Respondió el hombre de bien:

—No sé dónde he estado; muy pronto le llegan noticias.

—Es verdad —dijo el fraile— que han llegado hasta mí: creíste que porque el marido no estaba la

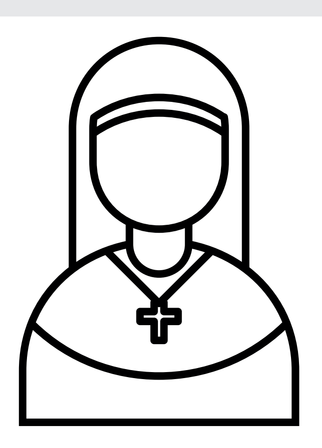
noble señora iba a abrirte sus brazos. ¡Ah, qué lindo, qué hombre honrado! ¡Se ha hecho caminante nocturno, abridor de jardines y escalador de árboles! ¿Crees que con tu osadía vas a vencer la santidad de esta mujer que de noche te le subes a las ventanas por los árboles? Nada hay en el mundo que le desagrade tanto como tú; y tú no cejas. En verdad, ella te lo ha demostrado muchas veces, pero poco te has enmendado con mis advertencias. Voy a decirte una cosa: hasta ahora, no por el amor que te tenga, sino a instancias de mis ruegos, ha callado lo que le has hecho; pero no va a callarse más: le he dado permiso para que, si la incomodas de alguna manera más, haga lo que le parezca. ¿Qué harás si se lo dice a sus hermanos?

El hombre de bien, habiendo comprendido suficientemente lo que le convenía, como mejor supo y pudo, con muchas promesas tranquilizó al fraile. Despidiéndose de él, al llegar el alba del día siguiente, entrando en el jardín y subiendo por el árbol y hallando la ventana abierta, se metió en la alcoba, y lo más pronto que pudo se echó en los brazos de su hermosa señora. La cual, habiéndolo esperado con grandísimo deseo, alegremente lo recibió diciendo:

—Gracias sean dadas al señor fraile que tan bien te enseñó el modo de venir.

Y después, tomando placer el uno del otro, hablando y riéndose mucho de la simplicidad del bruto fraile, injuriando los copos de lana y los peines y las cardenchas, juntos se solazaron con deleite. Y poniendo en orden sus asuntos, de tal manera hicieron que, sin tener que recurrir de nuevo al señor fraile, muchas otras noches con igual contento se reunieron. Y a esas noches pido a Dios por su santa misericordia que me lleve pronto a mí y a todas las almas cristianas que lo deseen.

Sexto cuento del cuarto día



Cuarto día, en el que se razona sobre aquellos cuyos amores tuvieron un desenlace infeliz

Andreuola ama a Gabriotto; le cuenta un sueño que ha tenido y él a ella otro; repentinamente se muere en sus brazos, y mientras ella con una criada a su casa lo llevan son apresadas por la señoría, y ella dice lo que ha sucedido. El podestá la quiere forzar, ella se niega, se entera su padre y, hallándola inocente, la hace liberar. Ella, rehusando seguir en el mundo, se hace monja.

Adorables jóvenes, deben saber que es general impresión de todos los vivientes ver varias cosas en su sueño, las cuales, aunque a quien duerme durante el sueño le parecen todas verdaderas, al despertarse juzga algunas verdaderas, otras verosímiles y otra parte fuera de toda verosimilitud. No obstante resulta que muchas de ellas suceden. Por lo cual, muchos prestan tanta fe a cada sueño como prestarían a las cosas que verían estando en vigilia, y con sus mismos

sueños se entristecen o se alegran como por lo que temen o esperan. Por el contrario, hay quienes no creen en ninguno sino después de que se ven caer en el peligro que les ha sido mostrado. Ni a unos ni a otros alabo, porque no siempre son verdaderos los sueños ni todas las veces falsos.

Que no son todos verdaderos, muchas veces todos nosotros hemos tenido ocasión de comprobarlo, y que todos no son falsos, en mi narración, como ya he dicho, procuro mostrarlo. Por lo que juzgo que, si se vive virtuosamente y se obra, a ningún sueño contrario a ello debe temerse y no dejar por él los buenos propósitos; en las cosas perversas y malvadas, aunque los sueños parezcan favorables a ellas y con visiones propicias a quienes los ven animen, nadie debe creer. Pero pasemos a la historia.

Hubo en la ciudad de Brescia un gentilhombre llamado micer Negro de Ponte Carraro, el cual, entre otros muchos hijos, tenía una hija, llamada Andreuola, muy joven y hermosa y sin marido, la cual se enamoró de un vecino suyo cuyo nombre era Gabriotto, hombre de baja condición aunque de loables costumbres, además de hermoso y amable; y con la intervención y la ayuda de la nodriza de la casa tanto anduvo la joven, que Gabriotto supo no sólo que era amado por Andreuola, sino que fue llevado muchas

veces a un hermoso jardín del padre de ella, con gran deleite para una y otra parte. Y para que ninguna razón, salvo la muerte, los pudiera separar de su deleitoso amor, se hicieron marido y mujer secretamente.

Y del mismo modo, furtivamente, confirmando sus relaciones, sucedió que a la joven una noche, durmiendo, le pareció ver en sueños que estaba en su jardín con Gabriotto y que le tenía entre sus brazos con grandísimo placer de ambos; y mientras así estaban le pareció ver salir del cuerpo de él una cosa oscura y terrible cuya forma ella no podía reconocer, y le parecía que esta cosa cogía a Gabriotto y, contra su voluntad, con espantosa fuerza se lo arrancaba de los brazos, con él se escondía dentro de la tierra y luego no podía ver más ni al uno ni a la otra. Esto la hizo sentir un intensísimo dolor que la hizo despertar y, ya despierta, aunque veía que había sido su imaginación, no por ello dejó de sentir pavor por el sueño.

Y por esto, al querer luego Gabriotto visitarla la noche siguiente, se empeñó en hacer que no viniese esa noche allí; pero, viendo su determinación, para que el otro no fuese a sospechar, la noche siguiente lo recibió en su jardín. Y tras coger muchas rosas blancas y bermejas, porque era la estación, a su lado junto a una bellísima fuente y clara que había en el jardín, después de una grande y muy larga fiesta que

disfrutaron juntos, Gabriotto le preguntó cuál era la razón por la que le había prohibido venir el día antes. La joven le contó sobre el sueño que había tenido y los temores que le había suscitado.

Gabriotto, al oírla, se rio y dijo que era gran necedad creer en sueños porque, o por exceso de comida o por falta de ella, sucedían, y que eran todos vanos se veía cada día. Luego dijo:

—Si yo hubiese querido hacer caso de sueños, no habría venido aquí, no tanto por el tuyo sino por uno que tuve esta noche que acaba de pasar. En él me parecía estar en una hermosa y deleitosa selva por la que iba cazando, donde atrapaba una cabritilla tan bella y placentera como la mejor que se haya visto; me parecía que era más blanca que la nieve y en corto tiempo se hizo tan amiga mía que en ningún momento se separaba de mí. Me parecía que la quería tanto que, para que no se separase de mí, le puse en la garganta un collar de oro y con una cadena de oro la llevaba conmigo. Después de esto me parecía que, descansando esta cabritilla una vez y teniéndome la cabeza en el regazo, salía de no sé dónde una perra negra como el carbón, muy hambrienta y espantosa en su apariencia, y se vino hacia mí, contra la que no había resistencia posible; me parecía que me metía el hocico en el costado izquierdo de mi pecho,

y tanto lo roía que llegaba al corazón, que parecía arrancarlo para llevárselo. Esto me causaba tal dolor que mi sueño se interrumpió y, despierto, con la mano súbitamente corrí a palpar si algo tenía en el costado; pero no encontrándome el mal me burlé de mí mismo por haberlo hecho. Pero ¿qué quiere decir esto? Tales y más espantosos sueños he tenido más veces y no por ello me ha sucedido nada más ni nada menos; entonces olvídate de eso y pensemos en disfrutar.

La joven, por su sueño ya muy espantada, al oír esto lo estuvo mucho más, pero para no disgustar a Gabriotto, ocultó su miedo lo más que pudo. Y aunque abrazándolo y besándolo algunas veces y siendo por él abrazada y besada se solazase, temerosa y no sabiendo de qué, más de lo acostumbrado muchas veces le miraba a la cara y de vez en cuando miraba por el jardín por si veía alguna cosa negra venir de alguna parte.

Y estando de esta manera, Gabriotto, lanzando un gran suspiro, la abrazó y dijo:

—¡Ay de mí, alma mía, ayúdame que me muero!

Y dicho esto, cayó sobre la hierba del prado. Al ver esto la joven, lo alzó, lo apoyó en su regazo y casi llorando dijo:

—Oh, dulce señor mío, ¿qué te pasa?

Gabriotto no respondió sino que jadeando fuertemente y sudando todo, luego de no mucho tiempo abandonó esta vida. Queda a la imaginación de cada uno lo duro y doloroso que fue esto para la joven, que lo amaba más que a sí misma. Ella lo lloró mucho, y muchas veces lo llamó en vano, pero luego de que se apercibió de que estaba verdaderamente muerto, habiéndolo tocado por todas las partes del cuerpo y en todas encontrándolo frío, no sabiendo qué hacer ni qué decir, llena de angustia, se fue a llamar a su criada, que de este amor era cómplice, y su miseria y su dolor le mostró.

Y luego de que míseramente juntas hubieron llorado sobre el muerto rostro de Gabriotto, dijo la joven a la criada:

—Puesto que Dios me lo ha quitado, no encuentro sentido a que yo siga con vida. Pero antes de que llegue a matarme, querría que buscásemos una manera conveniente de proteger mi honor y el secreto amor que ha habido entre nosotros y que el cuerpo además fuese sepultado.

A lo que la criada dijo:

—Hija mía, no hables de querer matarte, porque si lo has perdido, matándote también lo perderías en el otro mundo porque irías al infierno, donde estoy segura que su alma no ha ido porque bueno

fue. Mucho mejor es que te consueles y pienses en ayudar con oraciones o con otras buenas obras a su alma, si acaso lo necesite por algún pecado. Podríamos sepultarlo en este jardín, lo que nadie sabrá nunca porque nadie sabe que él venía aquí. Y si no lo quieres así, pongámoslo fuera del jardín y dejémoslo: mañana por la mañana lo encontrarán y llevándolo a su casa será sepultado por sus parientes.

La joven, sin dejar de llorar desconsoladamente, escuchaba sin embargo los consejos de su criada. Y no estando de acuerdo en la primera parte, repuso a la segunda, diciendo:

—No quiera Dios que un joven tan valioso y tan amado por mí y marido mío sufra que sea sepultado como un perro o dejado en tierra en la calle. Ha recibido mis lágrimas y, como yo pueda, recibirá las de sus parientes. Ya se me ocurre lo que debemos hacer.

Y pronto mandó traer una pieza de seda que tenía en su arca y, extendiéndola en tierra, encima pusieron el cuerpo de Gabriotto. Luego pusieron la cabeza sobre una almohada y, cerrándole con muchas lágrimas los ojos y la boca, le hizo una guirnalda con las rosas que habían cogido juntos. Luego dijo a la criada:

—De aquí a la puerta de su casa hay poco camino, y por ello tú y yo, así como lo hemos arreglado,

lo llevaremos de aquí y lo pondremos delante de su casa. No tardará mucho tiempo en hacerse de día y lo recogerán, y aunque para los suyos no sea esto ningún consuelo, para mí, en cuyos brazos ha muerto, será un alivio.

Y dicho esto, de nuevo con abundantísimas lágrimas, se inclinó sobre su rostro y por largo tiempo siguió llorando. Sin embargo, apurada por la criada, porque venía el día, se irguió, se quitó del dedo el mismo anillo con el que se había desposado con Gabriotto, y se lo puso en el dedo a él, diciendo entre lágrimas:

—Caro señor mío, si tu alma ve mis lágrimas y algún conocimiento o sentimiento después de su partida queda en los cuerpos, recibe benignamente el último don de esta a quien viviendo amaste tanto.

Y dicho esto, desvanecida, cayó encima de él, y luego de algún tiempo, volviendo en sí y poniéndose en pie, cogió con la criada el paño sobre el que yacía el cuerpo, y salieron del jardín dirigiéndose a la casa de él.

En el camino sucedió por casualidad que los familiares del podestá, que por azar iban a aquella hora a algún asunto, las encontraron con el cuerpo muerto. Andreuola, más deseosa de morir que de vivir, reconoció los familiares de la señoría, y francamente dijo:

—Sé quiénes son y querer huir de nada me serviría. Estoy dispuesta a ir con ustedes ante la señoría, y contar lo que ocurre. Pero que ninguno se atreva a tocarme ni se lleve nada de lo que lleva este cuerpo si no quiere que yo lo acuse.

Por lo que, con el cuerpo de Gabriotto se fue a palacio. Oyó el podestá todo esto, se levantó, y haciéndola venir a la alcoba hizo que ella misma le informara sobre lo que había sucedido. Luego hizo mirar por algunos médicos cómo había muerto el buen hombre, si con veneno o de alguna otra manera. Y todos afirmaron que alguna vena cercana al corazón se había roto y lo había ahogado. Y él, oído esto y sabiendo que ella en poca cosa era culpable, se ingenió en parecer que le daba lo que no podía venderle. Y le dijo que si ella se prestaba a sus antojos, la liberaría. No sirviéndole las palabras, quiso contra toda conveniencia usar la fuerza, pero Andreuola, encendida en desdén y sintiéndose fortísima, se defendió y lo rechazó con injuriosas y altivas palabras.

Al llegar el alba y luego de que le contaran estas cosas a micer Negro, mortalmente dolido se fue con muchos de sus amigos a palacio y allí, informado de todo por el podestá, pidió que le devolviesen a su hija. El podestá, queriendo primero acusarse antes que ser acusado por ella, alabó a la joven y ponderó

su constancia, y dijo que por probarla había obrado de tal manera. Y por esto, al verla tan firme, se había enamorado de ella y, de querer su padre, aunque haya tenido marido de baja condición, de buen grado la tomaría como mujer.

Mientras estos hablaban, Andreuola vino ante su padre y llorando se inclinó ante él y dijo:

—Padre mío, no creo que sea necesario contarte la historia de mi atrevimiento y de mi desgracia. Estoy segura de que ya la conoces. Por esto, cuanto más humildemente puedo, te pido perdón por mi falta, esto es, de haber tomado por marido a quien yo más quería. Y este perdón no te lo pido para que me sea perdonada la vida, sino para morir como tu hija y no como tu enemiga.

Y así, llorando, cayó a sus pies.

Micer Negro, que ya era viejo y era hombre benigno y amoroso por naturaleza, al oír estas palabras empezó a llorar, y llorando alzó a su hija tiernamente en pie, y dijo:

—Hija mía, mucho me hubiera gustado que hubieses tenido tal marido como, según mi parecer, te convenía; y si lo hubieras tomado tal como a ti te agradase, debía también gustarme; pero el haberlo ocultado me hace dolerme de tu poca confianza, y, más aún, viéndote que lo perdiste antes de haberlo

sabido yo. Pero, por tu contento, no te habría negado lo que habría hecho con gusto si hubiera estado vivo, esto es, honrarle como a un yerno mío.

Y volviéndose a sus hijos y a sus parientes les ordenó que preparasen para Gabriotto exequias grandes y honrosas. Habían entretanto acudido los padres y los parientes del joven, que se habían enterado de la noticia, y casi tantas mujeres y tantos hombres como en la ciudad había; por lo que, puesto en medio del patio el cuerpo sobre la seda de Andreuola y con todas sus rosas, no sólo por ella y por sus parientes fue llorado, sino casi por todas las mujeres de la ciudad y por muchos hombres. Y no como plebeyo sino como señor fue sacado de la plaza pública a hombros de los más nobles ciudadanos, y con grandísimo honor fue llevado a la sepultura. De allí a algunos días, insistió el podestá a micer Negro en lo que le había pedido sobre su hija, pero esta no quiso oír nada de esto. Sin embargo, queriendo en algo complacer a su padre, en un monasterio muy famoso por su santidad, ella y su nodriza monjas se hicieron, y vivieron en él, honradamente, durante largo tiempo.

Cuarto cuento del quinto día



Quinto día, en el que se discurre sobre los felices acontecimientos que le ocurrieron a un amante, luego de muchas desventuras

Micer Lizio de Valbona se encuentra a su hija con Ricciardo Manardi; al cabo, estos dos se casan, y su padre queda en paz.

No ha pasado, valerosas señoritas, mucho tiempo desde que hubo en la Romaña un caballero muy de bien y cortés que fue llamado micer Lizio de Valbona, a quien por acaso, cerca de su vejez, le nació una hija de Giacomina, su mujer. Esa niña, más que las demás de la comarca, al crecer se hizo hermosa y agradable. Y como era la única que les quedaba al padre y a la madre era sumamente amada por ellos y tenida en estima y vigilada con maravilloso cuidado, esperando concertarle un gran matrimonio. Ahora, frecuentaba mucho la casa de micer Lizio y mucho se entretenía con él un joven hermoso y lozano, de

la familia de los Manardi de Brettinoro, llamado Ricciardo, en el cual micer Lizio y su mujer confiaban tanto como si hubiera sido su hijo. Este, una vez y otra habiendo visto a la joven hermosísima y gallarda y de loables maneras y costumbres, y ya en edad de tomar marido, ardientemente se enamoró de ella. Y con gran cuidado tenía oculto su amor. Lejos de esquivar el saetazo, de esto se apercibió la joven, y de modo semejante comenzó a amarle a él, no sin gran satisfacción de Ricciardo.

Y aunque había sentido muchas veces deseos de decirle algunas palabras, pero callándose por temor, una vez, buscando ocasión y valor, le dijo:

—Caterina, te ruego que no me hagas morir de amor.

La joven repuso de inmediato:

—¡Quisiera Dios que me hicieses tú más morir a mí!

Esta respuesta mucho placer y valor le dio a Ricciardo, que le respondió:

—Por mí no quedará nada que te sea grato, pero a ti corresponde encontrar el modo de salvar tu vida y la mía.

La joven entonces dijo:

—Ricciardo, ves lo vigilada que estoy, y por ello no imagino cómo puedes venir conmigo; pero si

puedes tú ver algo que pueda hacer sin que me deshonre, dímelo, y yo lo haré.

Ricciardo, habiendo pensado muchas cosas, súbitamente dijo:

—Dulce Caterina mía, no puedo ver ningún camino distinto al de poder dormir o venir arriba a la galería que está junto al jardín de tu padre, donde, si estoy seguro de que estás tú, por la noche sin falta me las arreglaría para llegar, por muy alta que esté.

Y Caterina le respondió:

—Si te pide el corazón venir allí, creo que bien puedo encontrar la manera para dormir allí.

Ricciardo convino, y, acordado esto, una sola vez se besaron a escondidas, y se separaron. Al día siguiente, estando ya cerca el final de mayo, la joven comenzó delante de la madre a quejarse de que la noche anterior, por el excesivo calor, no había podido dormir.

Dijo la madre:

—Hija, pero ¿qué calor fue ese? No hizo calor ninguno.

Y Caterina le dijo:

—Madre mía, deberías decir «a mi parecer», y tal vez dirías mejor; piensa en lo mucho más calurosas que son las muchachas que las mujeres mayores.

La señora dijo entonces:

—Hija, es verdad, pero yo no puedo procurarte calor y frío a mi gusto, como parece que querrías; el tiempo hay que sufrirlo como lo dan las estaciones; tal vez esta noche haga más fresco y duermas mejor.

—Quiera Dios —dijo Caterina—, pero no suele ser costumbre, yendo hacia el verano, que las noches vayan refrescándose.

—Pues —dijo la señora—, ¿qué vamos a hacerle?

Repuso Caterina:

—Si a mi padre y a ti les placiera, yo mandaría hacer una camita en la galería que está junto a su alcoba y sobre su jardín, y dormiría allí oyendo cantar el ruiseñor. Teniendo un sitio más fresco, mucho mejor estaría que en la alcoba.

La madre entonces dijo:

—Hija, cálmate; se lo diré a tu padre, y si él lo quiere, así lo haremos.

Al oír estas cosas, micer Lizio dijo a su mujer, porque era viejo y quizá por ello un tanto malhumorado:

—¿Qué ruiseñor es ese con el que quiere dormirse? La haré dormir más bien con el canto de las cigarras.

Al saber esto Caterina, más por enfado que por calor, y no solamente la noche siguiente, no durmió sino que no dejó dormir a su madre, siempre quejándose del mucho calor. Y la madre, luego de oírla, fue por la mañana donde micer Lizio y le dijo:

—Micer, poco quieres a esta joven; ¿qué mal nos hace durmiendo en esa galería? En toda la noche no ha cerrado el ojo por el calor y, además, ¿te asombras porque le guste el canto del ruiseñor siendo como es una criatura? A los jóvenes les gustan las cosas semejantes a ellos.

Micer Lizio, al oír esto, dijo:

—Vaya, ¡que le hagan una cama como pueda caber allí y haz que la rodeen con sarga, y que duerma allí y que oiga cantar el ruiseñor hasta hartarse!

La joven, enterada de esto, prontamente hizo preparar allí una cama; y, como debía dormir allí la noche siguiente, esperó hasta que vio a Ricciardo y le hizo una señal convenida entre ellos, por la que entendió lo que tenía que hacer.

Micer Lizio, sintiendo que la joven se había acostado, cerrando una puerta que de su alcoba daba a la galería, del mismo modo se fue a dormir. Ricciardo, cuando sintió las cosas tranquilas, con la ayuda de una escala subió al muro, y luego desde aquel muro, agarrándose a unas salientes de otro muro, con gran trabajo y peligro de caerse, llegó a la galería, donde calladamente y con grandísimo gozo fue recibido por la joven. Luego de muchos besos se acostaron juntos y durante toda la noche tomaron uno del otro deleite y placer, haciendo muchas veces

cantar al ruiseñor. Y siendo las noches cortas y el placer grande, y ya cercano el día sin darse ellos cuenta, acalorados tanto por el tiempo como por el juego, sin tener nada encima se quedaron dormidos, teniendo Caterina con el brazo derecho abrazado a Ricciardo bajo el cuello y cogiéndole con la mano izquierda esa cosa que ustedes, muchachas, mucho se avergüenzan de nombrar cuando están entre hombres. Y durmiendo de tal manera, llegó el día y se levantó micer Lizio; y acordándose de que su hija dormía en la galería, abriendo la puerta silenciosamente, dijo:

—Voy a ver cómo el ruiseñor ha hecho dormir esta noche a Caterina.

Saliendo afuera calladamente, levantó la sarga con que estaba oculta la cama, y se encontró a Ricciardo y a su hija, desnudos y destapados, durmiendo como lo he descrito. Habiendo conocido bien a Ricciardo, en silencio se fue de allí y se dirigió a la alcoba de su mujer, a quien llamó diciendo:

—Anda, mujer, pronto, levántate y ven a ver que tu hija estaba tan deseosa del ruiseñor, que lo ha cogido y lo tiene en la mano.

Dijo la señora:

—¿Cómo puede ser eso?

Dijo micer Lizio:

—Lo verás si vienes enseguida.

La señora se vistió con prisa y en silencio siguió a micer Lizio. Al llegar a la cama y levantada la sarga claramente pudo ver doña Giacomina cómo su hija había cogido y tenía el ruiseñor que tanto deseaba oír cantar. Por lo que la señora, sintiéndose gravemente engañada por Ricciardo, quiso dar gritos y decirle grandes injurias, pero micer Francisco le dijo:

—Mujer, si estimas mi amor, cuídate de decir palabra porque en verdad, ya que lo ha cogido, será suyo. Ricciardo es un joven noble y rico; no puede darnos sino buen linaje; si quiere separarse de mí con buenos modos, tendrá que casarse primero con ella, así se encontrará con que ha metido el ruiseñor en su jaula y no en la ajena.

Por lo que la señora, consolada, viendo que su marido no estaba irritado por este asunto, y considerando que su hija había pasado una buena noche y había descansado bien y había cogido el ruiseñor, se calló. Y pocas palabras dijeron después de estas, hasta que Ricciardo se despertó. Viendo que era día claro se tuvo por muerto, y llamó a Caterina diciendo:

—¡Ay de mí, alma mía! ¿Qué haremos que ha venido el día y me ha cogido aquí?

A cuyas palabras micer Lizio, llegando de dentro y levantando la sarga contestó:

—Haremos lo que podamos.

Cuando Ricciardo lo vio, sintió como si le arrancaran el corazón del pecho e incorporándose en la cama dijo:

—Señor mío, le pido merced por Dios, sé que como hombre desleal y malvado he merecido la muerte, y por ello haga de mí lo que le plazca, pero le ruego, si puede ser, que tenga piedad de mi vida y no me mate.

Micer Lizio le dijo:

—Ricciardo, esto no lo ha merecido el afecto que te tenía y la confianza que puse en ti. Pero, ya que a tan gran falta te ha llevado la juventud, para salvarte de la muerte y a mí de la deshonra, antes de moverte toma a Caterina por tu legítima esposa, para que, así como esta noche ha sido tuya, lo sea mientras viva. De esta manera puedes conseguir mi perdón y alcanzar tu salvación; y si no quieres hacer eso, encomienda a Dios tu alma.

Mientras estas palabras se decían, Caterina soltó el ruiseñor y, despertándose, comenzó a llorar amargamente y a rogar a su padre que perdonase a Ricciardo. Por otra parte rogaba a Ricciardo que hiciese lo que micer Lizio decía, para que con tranquilidad y mucho tiempo pudiesen pasar juntos tales noches. Pero no hubo necesidad de muchos ruegos porque, por una parte, la vergüenza de la falta come-

tida y el deseo de enmendarla y, por otra, el miedo a morir y el deseo de salvarse, y además de esto el ardiente amor y el apetito de poseer la cosa amada, de buena gana y sin tardanza le hicieron decir que estaba dispuesto a hacer lo que le placía a micer Lizio. Entonces pidiendo micer Lizio a la señora Giacomina uno de sus anillos, allí, sin moverse, en su presencia, Ricciardo tomó por mujer a Caterina. Luego de esto, micer Lizio y su mujer, yéndose, dijeron:

—Descansen ahora, que tal vez lo necesiten más que levantarse.

Luego de que partieron los padres, los jóvenes se abrazaron el uno al otro, y no habiendo andado más que seis millas por la noche anduvieron otras dos antes de levantarse, y terminaron su primera jornada. Se levantaron luego, y teniendo ya Ricciardo una ordenada conversación con micer Lizio, pocos días después, como convenía, en presencia de sus amigos y de los parientes, de nuevo desposó a la joven y con gran fiesta se la llevó a su casa y celebró honradas y hermosas bodas, y luego con él largamente en paz y tranquilidad, muchas veces hicieron cantar al ruiseñor de día y de noche todo lo que quisieron.

Séptimo cuento del sexto día



Sexto día, en el que se habla de quien, con palabras ingeniosas, se resarció de algún ataque o pudo escapar del peligro, la deshonra o la perdición

Doña Filipa, encontrada por su marido con un amante, llamada a juicio, con una pronta y divertida respuesta consigue su libertad y hace cambiar las leyes.

Valerosas damas, buena cosa es saber hablar bien en todas partes, pero yo juzgo que es buenísimo saber hacerlo cuando lo pide la necesidad. Esto lo supo hacer muy bien una noble señora, la cual no solamente movió a diversión y risa a sus oyentes, sino que ella misma se liberó de los lazos de una infamante muerte.

En la ciudad de Prato había antes una ley, ciertamente no menos condenable que dura, que, sin hacer distinción, mandaba que fuera quemada la mujer cuyo marido la descubriera siendo adúltera, así como la que fuese encontrada con otro hombre por dinero. Y mientras había esta ley sucedió que una noble

señora, hermosa y enamorada más que ninguna otra, cuyo nombre era doña Filipa, fue hallada en su propia alcoba una noche por Rinaldo de los Pugliesi, su marido, en brazos de Lazarino de los Guazzagliotri, joven hermoso y noble de aquella ciudad, al que ella amaba tanto como a sí misma. Al descubrir esto Rinaldo, muy enfurecido, a duras penas se contuvo de echarse encima de ellos y matarlos, y si no hubiese sido porque temía por sí mismo, siguiendo el ímpetu de su ira lo habría hecho.

Conteniéndose, pues, en esto, no se contuvo en aceptar lo que según la ley pratense dictaba, es decir, matar a su mujer. Y por ello, teniendo para probar la culpa de la mujer muy convenientes testimonios, al hacerse de día, sin cambiar de opinión, acusando a su mujer, la hizo procesar.

La señora, tan valiente como suelen ser quienes están enamoradas de verdad, aunque se lo desaconsejaron muchos de sus amigos y parientes, decidió firmemente comparecer y prefirió, confesando la verdad, morir con valiente ánimo que vilmente, huyendo, ser condenada al exilio por rebeldía y declararse indigna de tal amante como era aquel en cuyos brazos había estado la noche anterior. Y muy bien acompañada de mujeres y de hombres, por todos exhortada a que negase, llegada ante el podestá, pre-

guntó con firme gesto y con segura voz qué quería de ella. El podestá, mirándola y viéndola hermosísima y muy admirable en sus maneras, y de gran ánimo según testimoniaban sus palabras, sintió compasión de ella, temiendo que fuera a confesar una cosa por la cual tuviese él que hacerla morir si quería conservar su reputación.

Pero no pudiendo dejar de interrogarla sobre aquello de que era acusada, le dijo:

—Señora, como ve, aquí está Rinaldo, su marido, que dice que la ha encontrado en adulterio con otro hombre, y por ello pide que yo, según dispone una ley, hacerla morir. Pero yo no puedo hacerlo si usted no confiesa, y por ello cuídese bien de lo que va a responder, y dígame si es verdad aquello de lo que su marido la acusa.

La señora, sin amedrentarse un punto, con voz muy agradable repuso:

—Señor, es verdad que Rinaldo es mi marido y que la noche pasada me encontró en brazos de Lazarino, en los que muchas veces he estado por el buen y perfecto amor que le tengo, y esto nunca lo negaré. Pero, como usted sabe, las leyes deben ser iguales para todos y hechas con consentimiento de aquellos a quienes afectan; esto no ocurre con esta, que solamente obliga a las atribuladas mujeres, que mucho

mejor que los hombres podrían satisfacer a muchos. Además de esto, no ya ninguna mujer, cuando se hizo, le prestó consentimiento, sino que ninguna fue aquí llamada; por estas razones merecidamente puede decirse que es mala esa ley. Y si quiere en perjuicio de mi cuerpo y de su alma ser ejecutor de ella, es responsabilidad suya. Pero antes de que proceda a juzgar nada, le ruego que me conceda una pequeña gracia: preguntarle a mi marido si yo le concedía todo de mí misma, o no, cada vez y cuantas veces él quería, sin decirle nunca que no.

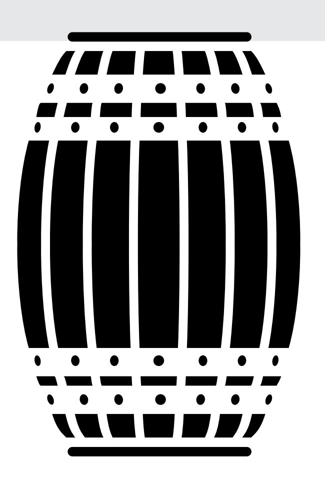
A lo que Rinaldo, sin esperar a que el podestá se lo preguntase, prestamente repuso que sin duda alguna su mujer siempre le había concedido cuanto quería.

—Pues —siguió rápidamente la señora—, yo le pregunto, señor podestá: si él ha tomado de mí siempre lo que ha necesitado y le ha gustado, ¿qué debía hacer yo (o debo) con lo que me sobra? ¿Debo arrojarlo a los perros? ¿No es mucho mejor servírselo a un hombre noble que me ama más que a sí mismo que dejar que se pierda o se estropee?

Estaban allí para semejante interrogatorio de tan famosa señora casi todos los pratenses reunidos, los cuales, al oír tan aguda respuesta, enseguida, luego de mucho reír, a una voz gritaron que la señora

tenía razón y decía bien; y antes de que se fuesen de allí, exhortándoles a ello el podestá, modificaron la cruel ley y dejaron que solamente se refiriese a las mujeres que por dinero faltasen contra sus maridos. Motivo por el cual, Rinaldo, quedándose confuso con tan loca empresa, se fue del tribunal; y la señora, alegre y libre, del fuego resucitada, a su casa se volvió llena de gloria.

Segundo cuento del séptimo día



Séptimo día, en el que se cuenta de las burlas que por amor o para salvarse hicieron las mujeres a los hombres, notándolo ellos o no

Peronella mete a su amante en una tinaja al volver su marido a casa. El marido le dice a ella que ofreció en venta la tinaja, pero Peronella dice que ya la vendió a uno que le daba más y que está adentro, para ver si estaba en condiciones. El amante sale de la tinaja, hace que el marido la limpie, y se la lleva a su casa.

Carísimas mujeres, son tantas las burlas que los hombres les hacen, y especialmente los maridos, que cuando alguna vez sucede que alguna se la hace al marido, deberían ustedes no solamente contentarse con que hubiera ocurrido, sino que deberían ustedes mismas contar el hecho por todas partes, para que los hombres se enteren que, si ellos saben, las mujeres por su parte saben también. Esto no puede ser más que útil, porque cuando alguien sabe que otro sabe, no se pone a querer engañarlo tan ligeramente.

¿Quién duda, pues, que lo que hoy vamos a decir en torno a esta materia, siendo conocido por los hombres, no sería grandísima ocasión de que se refrenasen en burlarse, sabiendo que ustedes, si quieren, también sabrían burlarse de ellos? Es, pues, mi intención contarles lo que una jovencita, aunque de baja condición, para salvarse hizo a su marido.

No hace casi nada de tiempo que un pobre hombre, en Nápoles, tomó por mujer a una hermosa y atrayente jovencita llamada Peronella; y él con su oficio, que era de albañil, y ella hilando, ganando muy escasamente, su vida gobernaban como mejor podían. Sucedió que un joven galanteador, viendo un día a Peronella, y gustándole mucho, se enamoró de ella, y tanto y de tantas maneras la solicitó, que llegó a intimar con ella. Y para estar juntos tomaron el acuerdo de que, como su marido se levantaba temprano todas las mañanas para ir a trabajar o a buscar trabajo, el joven se apostara en un lugar de donde lo viese salir. Y como el barrio donde estaba, de nombre Avorio, era muy solitario, al salir el marido de la casa, el amante entrase, y así lo hicieron muchas veces.

Pero sucedió una mañana que, luego de que el buen hombre salió, Giannello Scrignario, que así se llamaba el joven, entró en la casa y, estando con Peronella, al rato el esposo volvió, cuando en todo el día

no solía volver. Encontrando la puerta cerrada por dentro, llamó y después de llamar comenzó a decirse:

—Oh, Dios, alabado seas siempre, que, aunque me hayas hecho pobre, al menos me has consolado con una buena y honesta joven por mujer. Ello se ve en cómo enseguida cerró la puerta por dentro cuando yo me fui para que nadie pudiese entrar aquí a molestarla.

Peronella, al reconocer al marido por la manera de llamar, dijo:

—¡Ay! Giannelo mío, muerta soy, que aquí está mi marido, que ha vuelto, y no sé qué quiere decir esto, que nunca ha vuelto a esta hora, tal vez te vio cuando entraste. Pero por amor de Dios, sea como sea, métete en esa tinaja que ves ahí y yo iré a abrirle, y veamos qué significa que vuelva tan pronto a casa.

Giannello rápidamente entró en la tinaja, y Peronella, yendo a la puerta, le abrió al marido y con mal gesto le dijo:

—¿Pues qué novedad es esta que vuelves tan pronto a casa esta mañana? A lo que me parece, hoy no quieres hacer nada, que te veo volver con las herramientas en la mano; y si eso haces, ¿de qué viviremos? ¿De dónde sacaremos pan? ¿Crees que voy a sufrir que me empeñes la falda y las demás ropas mías, que no hago día y noche más que hilar, tanto

que tengo la carne desprendida de las uñas, para poder por lo menos tener aceite con que encender nuestro candil?

Y dicho esto, comenzó a sollozar y a decir de nuevo:

—¡Ay! ¡Triste de mí, desgraciada de mí! ¡En qué mala hora nací! En qué mal punto vine aquí, que habría podido tener un joven de posición y no quise, para venir a dar con este que no piensa en quién se ha traído a casa. Las demás se divierten con sus amantes, y no hay una que no tenga dos o tres, y disfrutan, y le enseñan al marido la luna por el sol; y yo, ¡mísera de mí!, porque soy buena y no me ocupo de tales cosas, tengo males y desventuras. No sé por qué no tomo esos amantes como hacen las otras. Entiende bien, marido mío, que si quisiera obrar mal, bien encontraría con quién, que los hay muy bien puestos, y que me aman y me requieren y me han mandado propuestas de mucho dinero, o ropas o joyas, y nunca me lo sufrió el corazón, porque soy hija de mi madre; ¡mientras tú te me vuelves a casa cuando tenías que estar trabajando!

—¡Bah, mujer!, no te molestes, por Dios; puedes estar seguro que te conozco y sé bien quién eres, y esta mañana lo confirmé una vez más. Es verdad que me fui a trabajar, pero se ve que no lo sabes,

como yo no lo sabía; hoy es el día de san Galeón y no se trabaja. Por eso me he vuelto a esta hora a casa, pero no he dejado de buscar y encontrar el modo de que hoy tengamos pan para un mes. Entonces, a este que ves conmigo le he vendido esta tinaja, que ya sabes que hace tiempo nos está estorbando en casa: ¡y me da florines de oro!

Dijo entonces Peronella:

—Y todo esto es ocasión de mi dolor: tú que eres un hombre y vas por ahí y debías saber las cosas del mundo has vendido una tinaja en cinco florines; y yo, pobre mujer, apenas saliste de casa, viendo lo que estorbaba, la he vendido en siete florines a un buen hombre que se metió dentro para ver si estaba bien sólida.

Cuando el marido oyó esto se puso más que contento, y dijo al que había venido con él para ello:

—Buen hombre, vete con Dios, que ya oyes que mi mujer la ha vendido en siete cuando tú no me dabas más que cinco.

El buen hombre dijo:

—¡Sea en buena hora! —y se fue.

Y Peronella dijo al marido:

—¡Ven, ya que estás aquí, vigila con él nuestros asuntos!

Giannello, que estaba con las orejas tiesas para ver si de algo tenía que temer o protegerse, oídas las

explicaciones de Peronella, prestamente salió de la tinaja; y como si nada hubiera oído de la vuelta del marido, comenzó a decir:

—¿Dónde está, buena mujer?

A quien el marido, que ya venía, dijo:

—Aquí estoy, ¿qué quieres?

Dijo Giannello:

—¿Quién eres tú? Quiero hablar con la mujer con quien hice el trato de esta tinaja.

Dijo el buen hombre:

—Habla con confianza conmigo, que soy su marido.

Dijo entonces Giannello:

—La tinaja me parece bien entera, pero me parece que han guardado dentro heces, que está todo embadurnado con no sé qué cosa tan seca que no puedo quitarla con las uñas, y no me la llevo si antes no la veo limpia.

Dijo Peronella entonces:

—No, por eso no deshará el trato; mi marido la limpiará.

Y el marido dijo:

—Sí, por supuesto.

Y dejando las herramientas y quedándose en camino, se hizo encender una luz y dar un raspador, y se metió dentro de inmediato y comenzó a raspar.

Y Peronella, como si quisiera ver lo que hacía, metió la cabeza en la boca de la tinaja, que no era muy alta, puso también uno de los brazos con todo el hombro, y comenzó a decir a su marido:

—Raspa aquí, y aquí y también allí... Mira que ahí ha quedado una pizquita.

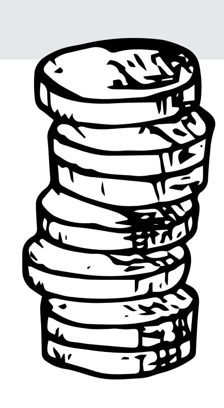
Y mientras así estaba y al marido enseñaba y arreglaba, Giannello, que no había satisfecho del todo esa mañana su deseo cuando vino el marido, se ingenió en satisfacerlo de alguna manera. Entonces arrimándose a ella, que tenía tapada la boca de la tinaja con su cuerpo, de la misma manera en que en los anchos campos los desenfrenados caballos encendidos por el amor asaltan a las yeguas de Partía, a efecto llevó el juvenil deseo, el cual casi en un mismo punto se completó cuando se acabó de raspar la tinaja. Él se apartó y Peronella quitó la cabeza de la tinaja, y el marido salió fuera.

Por lo que Peronella dijo a Giannello:

—Coge esta luz, buen hombre, y mira si está tan limpia como quieres

Giannello, mirando dentro, dijo que estaba bien y que estaba contento. Le dio siete florines y se la llevó a su casa.

Primer cuento del octavo día



Octavo día, en el que se razona sobre las burlas que les hacen las mujeres a los hombres, o los hombres a otros hombres o a otras mujeres

Gulfardo toma dineros prestados de Guasparuolo, y acordando con la mujer de este para acostarse con ella a cambio de ellos, se los da; y luego, en presencia de él, dice que se los dio a ella, y ella no lo niega.

Si así ha dispuesto Dios que deba yo dar comienzo a la presente jornada con mi historia, esto me complace. Y por esto, amorosas damas, como sea que mucho se ha dicho de las burlas hechas por las mujeres a los hombres, me gustaría contar una hecha por un hombre a una mujer, no ya porque pretenda censurar lo que el hombre hizo, o decir que a la mujer no le estuvo bien empleado, sino por alabar al hombre y reprochar a la mujer. También por mostrar que también los hombres saben burlarse de quienes creen en ellos, como son burlados por aquellas en quienes ellos creen. Aunque, si debo hablar con más

propiedad, lo que debo contar no lo llamaría burla sino que lo llamaría pago, porque como sea que toda mujer debe ser honestísima y guardar su castidad como su vida, y no dejarse ir a mancharla por razón alguna, y no pudiendo esto, dada nuestra fragilidad, afirmo que es digna del fuego aquella que llega a esto por dinero, mientras que quien por amor (conociendo sus fuerzas grandísimas) llega a ello, por un juez no demasiado riguroso merece ser perdonada, como, hace pocos días, mostró Filostrato que había sucedido a doña Filipa en Prato.

Había en Milán un tudesco a sueldo cuyo nombre fue Gulfardo, arrogante en su persona y muy leal a aquellos a cuyo servicio se ponía, lo que raras veces suele suceder entre los tudescos. Y como era, en los préstamos de dinero que se le hacían, muy leal pagador, muchos mercaderes encontraban que, por pequeño que fuera el rendimiento, le entregaban cualquier cantidad de dinero. Viviendo en Milán, puso este su amor en una señora muy hermosa llamada Ambruogia, mujer de un rico mercader que tenía por nombre Guasparuolo Cagastraccio, muy conocido y amigo suyo. Y, amándola muy discretamente, sin apercibirse el marido ni otros, le pidió un día hablar con ella, rogándole que hiciera merced a su amor, y que él estaba por su parte presto a hacer lo que ella le ordenase.

La señora, luego de muchos discursos, vino a la conclusión de que estaba presta a hacer lo que Gulfardo quisiera si de ello se seguían dos cosas: una, que no le contara de esto a nadie; otra, que en caso de que tuviera necesidad, para alguna hacienda suya, de doscientos florines de oro, quería que él, que era rico, se los diese, y después siempre estaría a su servicio. Gulfardo, oyendo la codicia de esta, asqueado por la vileza de quien creía que fuese una mujer valerosa, en odio cambió su ardiente amor. Y pensó que tenía que burlarla, y le mandó a decir que de muy buena gana, y que aquello y cualquier otra cosa que ella quisiese la complacería. Entonces, que ella le mandase a decir cuándo quería que fuese, y se los llevaría, y que nunca nadie sabría de esto sino un compañero suyo de quien se fiaba mucho y que siempre andaba en su compañía en lo que hiciese. La señora, como una mala mujer, al oír esto estuvo contenta, y le mandó a decir que Guasparuolo su marido debía, de allí a pocos días, ir por sus negocios hasta Génova, y entonces ella se lo haría saber y le mandaría a buscar.

Gulfardo, cuando le pareció oportuno, se fue donde Guasparuolo y le dijo así:

—Tengo que hacer un negocio para el que necesito doscientos florines de oro, los cuales quiero que me prestes con el interés con que sueles prestarme otros.

Guasparuolo dijo que de buena gana, y en el momento le contó los dineros. De allí a pocos días Guasparuolo se fue a Génova, como la señora había anunciado. La señora entonces mandó a decirle a Gulfardo que la visitara y le trajese los doscientos florines de oro. Gulfardo, tomando a su compañero, se fue a casa de la señora, y descubriendo que lo esperaba, la primera cosa que hizo fue ponerle en la mano los doscientos florines de oro, teniendo de testigo a su amigo. Y así le habló:

—Señora, tenga estos dineros y déselos a su marido cuando vuelva.

La señora los tomó, y no se dio cuenta de por qué Gulfardo hablaba así, sino que creyó que lo hacía para que su compañero no se percatase de que ella se daba a él por dinero; entonces dijo:

—Lo haré con gusto, pero quiero ver cuántos son.

Y echándolos sobre una mesa y encontrando que eran doscientos, muy contenta los volvió a guardar; y se volvió a Gulfardo, y llevándolo a su alcoba, no solamente aquella vez, sino otras muchas, antes de que su marido volviese de Génova yació con él. Al volver Guasparuolo de Génova, y como Gulfardo lo hizo espiar para asegurarse de que estaba con su mujer, se fue a verlo y, en presencia de ella, le dijo:

—Guasparuolo, los dineros que el otro día me prestaste, no los necesité, porque no pude hacer el trato para el que los tomé; y por ello se los traje aquí enseguida a tu mujer, que te dará razón de estos.

Guasparuolo se giró hacia su mujer y le preguntó si los había recibido. Ella, que allí veía al testigo, no lo pudo negar, sino que dijo:

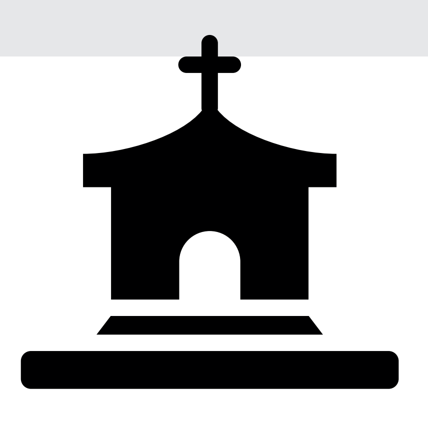
—Es verdad que los recibí y no me había acordado todavía de decírtelo.

Dijo entonces Guasparuolo:

—Gulfardo, estoy contento; vayan con Dios, que ya resuelvo yo estas cuentas.

Al irse Gulfardo, y quedando la mujer burlada, le dio al marido el deshonesto precio de su maldad; y así el sagaz amante gozó sin costo de la avara señora.

Primer cuento del noveno día



Noveno día, en el que cada uno discurrió sobre lo que más le place y le gusta

Doña Francesca, amada por un tal Rinuccio y un tal Alessandro, y no amando a ninguno, haciendo entrar a uno como muerto en una sepultura, y haciendo que el otro lo saque como a un muerto, y no pudiendo ellos llegar a hacerlo ordenado, sagazmente se los quita de encima.

Muchas veces, encantadoras jóvenes, se ha mostrado en nuestros razonamientos cuántas y cuáles sean las fuerzas de Amor, pero no creo que se hayan dicho todas, y no se dirían si estuviésemos hablando desde ahora hasta dentro de un año. En tanto este no solamente guía a los amantes hacia diversos peligros de muerte, sino también los hace entrar en las casas de los muertos para sacar a los muertos, me gustaría contarles una historia, en la que no solamente comprenderán el poder de Amor, sino también el talento

de una valerosa señora aplicado a quitarse de encima a dos que contra su gusto la amaban.

Digo, pues, que en la ciudad de Pistoya vivió una hermosísima viuda a la cual dos de nuestros florentinos, que desterrados de Florencia vivían en Pistoya, llamados el uno Rinuccio Palermini y el otro Alessandro Chiarmontesi, sin saber el uno del otro, por azar prendados de ella, sumamente la amaban, haciendo cada uno lo que podía para poder conquistar su amor.

Esta noble señora, cuyo nombre fue Francesca de Lazzari, era frecuentemente solicitada por embajadas y por ruegos de cada uno de estos, y como poco les prestaba atención, y quería discretamente dejar de hacerlo sin lograrlo, se le ocurrió una idea para quitarse de encima su importunidad: fue a pedirles que le hiciesen un favor que, pensó, ninguno querría hacerle, para que, al no hacerlo, tuviese ella honrosa y verosímil razón para no querer escuchar más sus embajadas. La idea fue la siguiente: había muerto en Pistoya uno que, por muy nobles que hubiesen sido sus antepasados, era reputado el peor hombre que hubiese existido no ya en Pistoya, sino en todo el mundo; además de esto, era tan contrahecho y de rostro tan desfigurado, que quien no lo hubiese conocido, al verlo por primera vez se habría espantado; y había sido enterrado en un sepulcro fuera de

la iglesia de los frailes menores, lo que podría ser de gran ayuda para su propósito. Dijo entonces a una criada suya:

—Sabes bien el aburrimiento y las molestias que recibo todos los días con las embajadas de estos dos florentinos, Rinuccio y Alessandro; ahora bien, no estoy dispuesta a complacerles con mi amor y para quitármelos de encima se me ha ocurrido ponerlos a prueba, por los grandes ofrecimientos que hacen, en algo que, estoy segura, no harán, y quitarme así de encima su importunidad; oye cómo. Sabes que esta mañana ha sido enterrado en el lugar de los frailes menores el «Degollador» (así era llamado aquel mal hombre de quien hablamos antes), del cual, no ya muerto, sino vivo, los hombres más valientes de esta ciudad, al verlo, tenían miedo. Te irás secretamente en primer lugar a Alessandro y le dirás: «Doña Francesca te manda decir que ha llegado el momento de que obtengas su amor, el cual has deseado tanto, y estar con ella, si quieres, de esta manera. A su casa (por una razón que tú sabrás más tarde) debe ser llevado esta noche el cuerpo del Degollador, que fue sepultado esta mañana. Y ella, como quien tiene miedo de él incluso muerto, no querría tenerlo; por lo que te ruega, como gran favor, ir esta noche a la hora del primer sueño y entrar en la sepultura en la que el

Degollador está enterrado, y ponerte sus ropas y quedarte como si fueses él hasta que vengan a buscarte, y sin hacer nada ni decir palabra dejarte arrastrar y traer a su casa, donde ella te recibirá, y estarás con ella y luego marcharte, dejando al cuidado de ella el resto». Y si él dice que lo hará, bien está; si dice que no quiere hacerlo, dile de parte mía que no aparezca más donde estoy yo, y que si ama su vida se guarde de mandarme mensajeros ni embajadas. Y luego de esto irás con Rinuccio Palermini y le dirás: «Doña Francesca dice que está pronta a hacer tu gusto si le haces a ella un gran servicio: que hoy, hacia la medianoche, vayas a la sepultura donde fue enterrado el Degollador y, en silencio sin importar lo que veas u oigas, tires de él suavemente y se lo lleves a casa; allí verás para qué lo quiere y conseguirás el placer tuyo; y si no quieres hacer esto, te ordena desde ahora que no le mandes más ni mensajeros ni embajadas».

La criada se fue a donde ambos y, según le fue ordenado, habló con cada uno, a lo cual ambos contestaron que no solamente en una sepultura, sino en un infierno entrarían si a ella le agradaba. La criada dio la respuesta a la señora, que esperó a ver si estaban tan locos que lo harían. Llegada, pues, la noche y siendo ya la hora del primer sueño, Alessandro Chiarmontesi, quedándose en jubón, salió de su casa para ir

a ponerse en el lugar del Degollador en la sepultura; y en el camino fue presa de un pensamiento muy pavoroso, y comenzó a decirse: «¡Ah!, ¡qué animal soy! ¿A dónde voy? ¿Y qué sé yo si los parientes de esta, tal vez percatados de que la amo, creyendo lo que no es la han hecho hacer esto para matarme en esa sepultura? Lo que, si sucediese, yo sería el que lo pagaría y nunca llegaría a saberse nada que los perjudicase. ¿Y si tal vez algún enemigo mío me ha procurado esto, al que ella ama y quiere servir?».

Y luego decía: «Pero supongamos que no sea ninguna de estas cosas, y que sus parientes vayan a llevarme a su casa: tengo que creer que el cadáver del Degollador no lo quieren para tenerlo en brazos ni para ponerlo en los de ella, sino que tengo que creer que quieren hacer con él cualquier destrozo, como de alguien que en alguna cosa les hizo daño. Ella dice que no diga nada por más que oiga o vea. Y si esos me sacan los ojos, o me arrancan los dientes, o me mutilan las manos, o me hicieran alguna otra broma semejante, ¿qué sería de mí? ¿Cómo voy a quedarme quieto? ¿Y si hablo y me conocen y por acaso me hacen daño? Pero aunque no me lo hagan, no conseguiré nada porque no me dejarán estar con la señora, y ella dirá después que he desobedecido su mandato y nunca hará nada que me contente».

Y así diciendo, casi se volvió a casa; pero el gran amor lo empujó hacia delante con argumentos contrarios a estos y de tanta fuerza que le llevaron a la sepultura; la cual abrió, y entrando y desnudando al Degollador y poniéndose su ropa, y cerrando la sepultura sobre su cabeza y poniéndose en el sitio del Degollador, le empezó a dar vueltas en la cabeza quién había sido este y las cosas que había oído decir que habían sucedido de noche no sólo en la sepultura de los muertos, sino también en otras partes. Entonces todos los pelos se le pusieron de punta, y a cada rato le parecía que el Degollador se iba a poner de pie y a degollarle a él allí mismo. Pero ayudado por el ardiente amor, venció estos y otros pavorosos pensamientos, se quedó quieto como si estuviera muerto y se puso a esperar lo que fuese a ser de él.

Rinuccio, al aproximarse la medianoche, salió de su casa para hacer aquello que le había sido mandado por su señora. Al ir, tuvo muchos y diversos pensamientos sobre las cosas que podrían ocurrirle, tales como, con el cadáver del Degollador, caer en manos de la señoría y ser condenado a la hoguera por brujo; o suscitar el odio de su parientes, y otras cosas semejantes, que casi lo contenía de llevar a cabo la tarea. Pero después, recuperándose, dijo: «¡Ah!, ¿voy a decir que no a la primera cosa que esta

noble señora, a quien tanto he amado y amo, me ha pedido, y especialmente debiendo conquistar su gracia? Aunque tuviese que morir, no puedo dejar de hacer lo que le he prometido».

Y siguiendo su camino, llegó a la sepultura y la abrió fácilmente. Alessandro, al oír que alguien la abría, pese al miedo que sintió, se quedó quieto. Rinuccio entró y, creyendo coger el cadáver del Degollador, cogió a Alessandro por los pies y lo sacó fuera, y, poniéndoselo sobre los hombros, se dirigió hacia casa de la noble señora. Y andando así y no teniendo consideración con él, muchas veces le daba golpes, contra las salientes con que se topaba por las calles. Y la noche era tan lóbrega y oscura que no podía ver por dónde andaba. Al llegar Rinuccio junto a la puerta de la noble señora, que se encontraba en la ventana con su criada para ver si Rinuccio traía a Alessandro, sucedió que la guardia de la señoría, que estaba al acecho y en silencio en aquel barrio para poder coger a un bandido, al sentir el ruido que Rinuccio hacía al andar, súbitamente sacaron una luz para ver quién era y adónde iba y, cogiendo los escudos y las lanzas, gritaron:

—¿Quién anda ahí?

Ante lo cual Rinuccio, no teniendo tiempo para pensar, dejó caer a Alessandro y corrió todo lo

que permitieron las piernas. Alessandro se levantó rápidamente y, aunque llevaba las ropas del muerto puestas, también se echó a correr.

La señora, con la luz encendida por los guardias, pudo ver a Rinuccio con Alessandro encima de los hombros, y del mismo modo reconoció a Alessandro vestido con las ropas del Degollador; y se maravilló mucho del gran valor de los dos, pero con todo su asombro mucho se rio al ver arrojar al suelo a Alessandro y verlo después huir. Y alegrándose mucho con aquel suceso y dando gracias a Dios que del fastidio de estos dos se había liberado, se volvió a su alcoba y se fue a la cama, afirmando, junto con su criada, que sin ninguna duda aquellos dos la amaban mucho, puesto que habían hecho lo que les había mandado.

Rinuccio, triste y maldiciendo su desventura, no se volvió a su casa aun con todo esto, sino que, al irse de aquel barrio la guardia, volvió allí adonde había soltado a Alessandro y buscó, a tientas, a ver si lo encontraba, para cumplir lo que le había sido requerido. Sin embargo, al no encontrarlo, y pensando que la guardia se lo había llevado de allí, se volvió triste a su casa. Alessandro, no sabiendo qué hacer, sin saber quién lo había llevado, acongojado por tal desdicha, también a su casa se fue.

Por la mañana, encontrada abierta la sepultura del Degollador y no viéndosele dentro porque Alessandro lo había arrojado al fondo, toda Pistoya se llenó de habladurías, creyendo los necios que se lo habían llevado los demonios. No dejó cada uno de los enamorados de hacer saber a la dama lo que habían hecho y lo que había sucedido, y con ello, excusándose por no haber cumplido por completo su mandamiento, su gracia y su amor pedían. Pero ella, mostrando no creer a ninguno, con la tajante respuesta de que no haría nunca nada por ellos, puesto que ellos no habían hecho lo que les había pedido, se los quitó de encima.

Noveno cuento del décimo día



Décimo día, en el que se discurre sobre quienes liberalmente o con verdadera magnificencia hicieron algo, ya en asuntos de amor, ya en otros

En vísperas de las cruzadas, Saladino, disfrazado de mercader, es honrado por micer Torello. Comienzan las cruzadas, a las que se une micer Torello, por lo cual le pone un plazo a su mujer para que pueda volver a casarse en caso de que él no vuelva. Es hecho prisionero y por amaestrar aves de presa el sultán lo reconoce y sumamente le honra; micer Torello enferma y por arte de magia es llevado en una noche a Pavía, y en las bodas que se celebraban por el nuevo matrimonio de su mujer, reconocido por ella, vuelve a su casa con ella

Según afirman algunos, en el tiempo del emperador Federico I, para reconquistar Tierra Santa tuvo lugar una cruzada general entre los cristianos; por lo cual, Saladino, valentísimo señor y entonces sultán de Babilonia, al enterarse, se propuso ver personalmente los preparativos de los cristianos para

aquella cruzada, para prevenirse mejor. Y, arreglados sus asuntos en Egipto, diciendo que iba en peregrinación, con dos de sus hombres más ilustres y más sabios y con tres servidores solamente, disfrazado de mercader, se puso en camino. Luego de andar por muchas provincias cristianas y cabalgar por Lombardía para ir más allá de los montes, sucedió que, yendo de Milán a Pavía y siendo ya el anochecer, se toparon con un gentilhombre cuyo nombre era micer Torello de Strà de Pavía, que con sus criados y perros y halcones se dirigía a una hermosa posesión que tenía junto al río Tesino. Nada más verlos, micer Torello se dio cuenta de que eran nobles y forasteros, y deseó honrarlos; por lo que, cuando Saladino le preguntó a uno de sus servidores cuánto faltaba para llegar a Pavía y poder entrar en la ciudad, micer Torello no dejó que respondiese el servidor sino que él mismo repuso:

—Señores, no podrán llegar a Pavía en menos de una hora.

—Pues —dijo Saladino— hágannos el favor de enseñarnos, ya que somos extranjeros, dónde podremos albergarnos mejor.

Micer Torello dijo:

—Con gusto lo haré. Ahora mismo estaba pensando en mandar a uno de los míos a un lugar cerca

de Pavía por cierta cosa; lo mandaré con ustedes y los conducirá a un lugar donde se albergarán muy convenientemente.

Y se acercó al más discreto de los suyos, le ordenó lo que tenía que hacer, y le mandó con ellos; y yéndose él a su posesión, rápidamente, hizo preparar lo mejor que pudo una buena cena y poner la mesa en un jardín. Hecho esto, vino a esperarlos junto a la puerta. El servidor, hablando con los hombres nobles sobre diversas cosas, por ciertos caminos los desvió y los condujo, sin que se diesen cuenta, a la posesión de su señor, que, cuando los vio, saliendo a pie a su encuentro dijo sonriendo:

—Señores, sean muy bienvenidos.

Saladino, que era muy sagaz, se dio cuenta de que este caballero había temido que no habrían aceptado el convite si, cuando los encontró, los hubiese invitado, y por ello, para que no pudieran negarse a quedarse aquella noche con él, con una artimaña los condujo a su casa. Entonces, luego de responderle el saludo le dijo:

—Señor, si de los corteses hombres pudiese uno quejarse, nos quejaríamos de usted, quien, apartándonos un tanto de nuestro camino, y sin que hayamos merecido su benevolencia, nos obliga a aceptar esta alta cortesía suya.

El caballero, sabio y elocuente, dijo:

—Señores, esta que reciben de mí, según ustedes, es un pobre cortesía; pero en verdad, fuera de Pavía, no habrían podido estar en ningún lugar mejor que este, y por ello espero no sea grave haber alargado un poco el camino para tener un poco menos de incomodidad.

Luego de decir esto, su servidumbre se acercó y, en cuanto desmontaron, acomodaron sus caballos, y micer Torello llevó a los tres hombres nobles a las cámaras preparadas para ellos, donde les hizo descalzarse y refrescarse un poco con fresquísimos vinos, y charló con ellos hasta la hora de cenar.

Saladino y sus compañeros y servidores sabían todos latín, por lo que muy bien entendían y eran entendidos, y les parecía a todos ellos que este caballero era el hombre más amable y el más cortés y el que mejor hablaba de todos los otros que hubiesen visto hasta entonces. A micer Torello, por otra parte, le parecía que eran aquellos hombres ilustrísimos y de mucho más valor de lo que antes había estimado, por lo que se dolía para sí mismo no poderlos honrar aquella noche con más compañía y convite. Entonces pensó en reparar aquello a la mañana siguiente e, informando a uno de sus servidores de lo que quería hacer, mandó a su mujer, que era discretísima y de

grandísimo ánimo, a Pavía, que muy cerca estaba y cuyas puertas no se cerraban nunca. Y después de esto, llevando a los gentileshombres al jardín, cortésmente les preguntó quiénes eran y adónde iban. A lo cual repuso Saladino:

—Somos mercaderes chipriotas y, viniendo de Chipre, por nuestros negocios vamos a París.

Entonces dijo micer Torello:

—¡Pluguiese a Dios que esta tierra nuestra produjese tales nobles como veo que Chipre hace los mercaderes!

Y de estos razonamientos y otros llegó la hora de cenar, por lo que los invitó a sentarse a la mesa, y en ella, según era la cena improvisada, fueron muy bien y ordenadamente servidos. Poco después, levantadas las mesas, se pusieron en pie, y al darse cuenta micer Torello de que estaban cansados, los condujo a unos hermosísimos lechos, y él también, poco después, se fue a dormir. El servidor enviado a Pavía dio el mensaje a la señora, la cual, con ánimo real, haciendo prestamente llamar a muchos amigos y servidores de micer Torello, hizo preparar todas las cosas oportunas para un grandísimo convite, y a la luz de las antorchas invitó a muchos de los más nobles ciudadanos, e hizo sacar paños y sedas y pieles y puso completamente en orden lo que el marido le

había mandado a decir. Al llegar el día, los gentileshombres se levantaron y, con micer Torello, fueron a montar a caballo, y este, haciendo venir sus halcones, los llevó a un lago vecino los llevó y les mostró cómo volaban; pero preguntando Saladino si alguien podía ir a Pavía y llevarlos al mejor albergue, dijo micer Torello:

—Ese seré yo, porque necesito ir allí.

Ellos le creyeron y se alegraron y junto con él se pusieron en camino. Siendo ya la hora tercia llegaron a la ciudad, y, creyendo que se dirigían al mejor albergue, llegaron a la casa de micer Torello, en la que ya al menos cincuenta de los más ilustres ciudadanos habían venido para recibir a los gentileshombres, alrededor de los cuales acudieron rápidamente a los frenos y espuelas. Viendo esto Saladino y sus compañeros, demasiado bien comprendieron lo que era aquello y dijeron:

—Micer Torello, esto no es lo que le habíamos pedido: bastante hicieron esta noche pasada, mucho más de lo que merecemos, por lo que, sin inconveniente, ya pueden dejarnos seguir nuestro camino.

A quienes micer Torello repuso:

—Señores, con respecto a lo de anoche, estoy yo más agradecido a la fortuna, que a tiempo los alcanzó en el camino para que necesitaran venir a mi

pequeña casa. Con respecto a lo de esta mañana, se lo agradeceremos yo y, junto conmigo, todos estos gentileshombres que están con ustedes. Y si les parece cortés negarse a almorzar con ellos, pueden hacerlo si quieren.

Saladino y sus compañeros, vencidos, desmontaron y, recibidos por los gentileshombres, alegremente fueron llevados a sus cámaras, las cuales estaban riquísimamente preparadas. Dejaron las ropas de camino, se refrescaron un tanto y luego fueron a la sala, que espléndidamente estaba aparejada. Habiendo sido dada el agua a las manos y sentándose a la mesa con grandísimo orden y lujo, con muchas viandas fueron magníficamente servidos, tanto que, si el emperador hubiese venido allí, no se habría sabido cómo hacerle más honor. Y aunque Saladino y sus compañeros eran grandes señores y estaban acostumbrados a ver grandísimas cosas, no menos se maravillaron de esta, y les parecía de las mayores, teniendo en cuenta la calidad del caballero, que sabían que era burgués y no noble.

Terminada la comida y levantada la mesa, habiendo hablado un tanto de muchas cosas, como hacía mucho calor los gentileshombres de Pavía se fueron a descansar. Micer Torello se quedó con sus tres huéspedes y, entrando con ellos en una cámara,

para que ninguna cosa querida para él dejara de ser vista, hizo llamar a su valerosa mujer. Esta, siendo hermosísima y alta en su persona y luciendo ricas vestimentas, en medio de dos hijos suyos, que parecían dos ángeles, vino hacia ellos y afablemente los saludó. Ellos, al verla, se levantaron y con reverencia la recibieron; ella se sentó entre ellos y hubo gran fiesta con sus dos hermosos hijitos. Luego de que con ellos hubo entrado en agradable conversación, y alejándose un poco micer Torello, ella amablemente les preguntó de dónde eran y adónde iban. A lo que los gentileshombres respondieron como habían hecho a micer Torello. Entonces la señora, con alegre gesto, dijo:

—Así pues, veo que mi previsión femenina será útil, y por ello les ruego que no rehúsen ni tengan por despreciable el pequeño presente que voy a mandar traerles, sino que, considerando el buen deseo de quien da, lo tomen.

Hizo traer para cada uno par vestiduras, una forrada de seda y otra de marta, que no eran de burgueses ni de mercaderes, sino de señor, además de tres jubones de cendal y lino. Y dijo:

—Tomen esto: las ropas de mi señor son como las de ustedes; las otras cosas, considerando que están lejos de sus mujeres, y dada la extensión del camino hecho y el que les queda por hacer, y que los

mercaderes son hombres limpios y delicados, aunque poco valgan podrán servirles.

Los gentileshombres se maravillaron y claramente se dieron cuenta de que micer Torello no quería dejar de hacerles ninguna clase de cortesía. Y temieron, viendo la nobleza de las ropas, en nada propias de mercaderes, que hubiesen sido reconocidos por micer Torello; entonces a la señora dijo uno de ellos:

—Estas son, señora, grandísimas cosas y no deberíamos tomarlas fácilmente si sus ruegos a ello no nos obligasen, a los cuales no puede decirse que no.

Hecho esto y habiendo ya vuelto micer Torello, la señora, encomendándolos a Dios, se separó de ellos, y así como hizo con ellos, hizo proveer a sus criados. Micer Torello con muchos ruegos les pidió que se quedasen con él ese día; por lo que, después de que durmieron, poniéndose sus ropas, cabalgaron por la ciudad con micer Torello un rato, y al llegar la hora de la cena, con muchos honorables compañeros magníficamente cenaron. Y cuando fue el momento, yéndose a descansar, al venir el día se levantaron y encontraron, en el lugar de sus rocines cansados, tres fuertes palafrenes y buenos y así mismo caballos nuevos y fuertes para todos sus criados. Saladino, viendo esto, se volvió a sus compañeros y les dijo:

—Juro ante Dios que hombre más cumplido ni más cortés ni más precavido que este no lo ha habido nunca; y si los reyes cristianos son tales reyes en su condición como este es caballero, el sultán de Babilonia no podrá enfrentarse siquiera con uno, ¡no digamos con todos los que vemos que se preparan para echársele encima!

Pero sabiendo que negarse a recibirlos no era oportuno, lo agradecieron muy cortésmente y montaron a caballo. Micer Torello, con muchos compañeros, los acompañaron un largo trecho y por mucho que a Saladino le doliese separarse de micer Torello, tanto se había prendado ya de él, le rogó que atrás se volviese, teniendo que irse; el cual, por muy duro que le fuese separarse de ellos, dijo:

—Señores, lo haré porque les place, pero les diré esto: yo no sé quiénes son ni deseo saber más de lo que gusten; pero sean quienes sean ustedes, no creeré que son mercaderes, y que Dios los guarde.

Saladino, habiendo ya de todos los compañeros de micer Torello tomado licencia, le repuso diciendo:

—Señor, podrá todavía suceder que les hagamos ver nuestra mercancía, para que nos crean, y vayan con Dios.

Se fueron, pues, Saladino y sus compañeros, con grandísimo ánimo de (si la vida les duraba y la

guerra que esperaban no lo impidiese) hacer aún no menor honor a micer Torello del que este les había hecho; y mucho de él y de su mujer y de todas sus cosas y actos y hechos habló con sus compañeros, alabándolo todo. Pero luego que todo Poniente, no sin gran fatiga, hubo corrido, entrando en el mar, con sus compañeros se volvió a Alejandría, y plenamente informado, se dispuso a la defensa. Micer Torello se volvió a Pavía y mucho estuvo pensando en quiénes serían aquellos tres, pero nunca a la verdad llegó, ni se aproximó. Llegando el tiempo de la cruzada y haciéndose grandes preparativos por todas partes, micer Torello, no obstante los ruegos de su mujer y las lágrimas, se dispuso a irse de todas las maneras; y habiendo hecho todos los preparativos y estando a punto de montar a caballo, dijo a su mujer, a quien amaba en extremo:

—Mujer, como ves, me voy a esta cruzada tanto por el honor del cuerpo como por la salvación del alma; te encomiendo todas nuestras cosas y nuestro honor; y como estoy seguro de irme, y de volver, por mil accidentes que puedan sobrevenir, ninguna certeza tengo, quiero que me concedas una gracia: que suceda lo que suceda de mí, si no tienes noticia cierta de mi vida, que me esperes un año y un mes y un día sin volver a casarte, comenzando con este día que de ti me separo.

La mujer, que mucho lloraba, repuso:

—Micer Torello, no sé cómo voy a soportar el dolor de que me dejes, pero si mi vida es más fuerte que él y algo te sucediese, seguro que viviré y moriré como mujer de micer Torello y de su memoria.

A lo cual micer Torello dijo:

—Mujer, estoy seguro de que, si depende de ti, sucederá lo que me prometes. Sin embargo, eres joven y hermosa y de gran linaje, y tu virtud es muy conocida por todos, por lo cual no dudo de que muchos y grandes y caballeros, si nada de mí se supiera, te pedirán por mujer a tus hermanos y parientes, de cuyos consejos, aunque lo quieras, no podrás defenderte y por fuerza tendrás que complacerlos; y este es el motivo de que te pida este plazo, y no uno mayor.

La mujer dijo:

—Yo haré lo que pueda de lo que te he dicho; y si otra cosa tuviera que hacer, te obedeceré en esto que me ordenas, sin falta. Ruego a Dios que ni tú ni yo necesitemos estos plazos.

Dichas estas palabras, la señora, llorando, se abrazó a micer Torello, y quitándose un anillo del dedo se lo dio, diciendo:

—Si sucede que muero yo antes de que te vuelva a ver, acuérdate de mí cuando lo veas.

Y él, cogiéndolo, montó a caballo, y diciendo

adiós a todo el mundo, se fue a su viaje. Al llegar a Génova con su compañía, se subió a la galera, se fue, y en poco tiempo llegó a Acre y se unió a otro ejército de cristianos. En el cual casi inmediatamente comenzó una grandísima enfermedad y mortandad, durante la cual, fuese cual fuese el arte o la fortuna de Saladino, casi todo lo que quedó de los cristianos que se salvaron fueron apresados por él y fueron repartidos y puestos en prisión en muchas ciudades, entre estos a micer Torello, que fue llevado preso a Alejandría. Aquí, no siendo conocido y temiendo darse a conocer, obligado por la necesidad se dedicó a adiestrar halcones, en lo que era grandísimo maestro; y de esto llegó la noticia a Saladino, por lo que lo sacó de la prisión y se quedó con él como halconero, a micer Torello, a quien Saladino llamaba el «cristiano», sin reconocerlo, ni micer Torello a él. Este, que en Pavía tenía todo su ánimo, muchas veces había intentado escaparse, y no había podido hacerlo, por lo que, venidos ciertos genoveses como embajadores a Saladino para rescatar a algunos conciudadanos suyos, y teniendo que irse, pensó en escribirle a su mujer que estaba vivo y que volvería con ella lo antes que pudiese, y que lo esperase. Así lo hizo, y encarecidamente le rogó a uno de los embajadores, que conocía, que hiciese que aquellas noticias llegasen a manos del abad de San Pietro de Ciel d'Oro, que era su tío.

Estando en estos términos micer Torello, sucedió un día que, hablando con él Saladino de sus aves, micer Torello comenzó a sonreír e hizo un gesto con la boca en que Saladino, cuando estaba en su casa de Pavía, se había fijado mucho, por lo cual Saladino le vino a la mente micer Torello; y comenzó a mirarlo fijamente y se le pareció a él; por lo que, dejando la primera conversación, dijo:

—Dime, cristiano, ¿de qué país de Poniente eres tú?

—Señor mío —dijo micer Torello—, soy lombardo, de una ciudad llamada Pavía, hombre pobre y de baja condición.

Al oír esto Saladino, casi seguro de lo que dudaba, se dijo alegre: «¡Dios me ha dado la ocasión de mostrar a este cuánto me agradó su cortesía!».

Y sin decir más, haciendo preparar en una alcoba todos sus vestidos, le condujo dentro y dijo:

—Mira, cristiano, si entre estas ropas hay alguna que alguna vez hayas visto.

Micer Torello comenzó a mirar y vio aquellas que su mujer le había dado a Saladino, pero no creyó que podían ser aquellas; sin embargo, respondió:

—Señor mío, no conozco ninguna, aunque es verdad que aquellas dos se parecen a ropas con que me vestí, además de tres mercaderes que en mi casa estuvieron.

Entonces Saladino, no pudiendo ya contenerse, lo abrazó tiernamente y le dijo:

—Tú eres micer Torello de Strá, y yo soy uno de los tres mercaderes a los cuales tu mujer dio estas ropas. Y ahora llegó el momento de mostrarte cuál es mi mercancía, como te auguré que podría pasar cuando me separé de ti.

Micer Torello, al oír esto, comenzó a ponerse contentísimo y a avergonzarse: a estar contento de haber tenido tal huésped y a avergonzarse de que pobremente le parecía haberlo recibido, a lo cual Saladino dijo:

—Micer Torello, puesto que Dios te ha enviado a mí, piensa que, de ahora en adelante, tú aquí eres el señor, y no yo.

Y mandando preparar grandes fiestas, con reales vestidos lo hizo vestir; lo llevó ante sus barones más ilustres y, habiendo dicho muchas cosas en alabanza de su valor, ordenó que todo el que lo apreciase honrara de esta misma manera a micer Torello, lo que de entonces en adelante todos hicieron, pero mucho más que los otros los dos señores que habían sido compañeros de Saladino en su casa. Dada la altura de la súbita gloria en que se vio micer Torello, algo se olvidó de las cosas lombardas, sobre todo porque con seguridad esperaba que sus cartas hubieran llegado

a su tío. También ocurrió que, en el campo donde estaba el ejército de los cristianos, el día que fueron apresados por Saladino, fue muerto y sepultado un caballero provenzal de poca monta cuyo nombre era micer Torello de Dignes; por lo que, siendo micer Torello de Strá a causa de su nobleza conocido por el ejército, alguno que oyó decir «Ha muerto micer Torello» creyó que era micer Torello de Strá y no el de Dignes; y el accidente del apresamiento posterior no dejó que los engañados saliesen de su error. Por lo que muchos itálicos volvieron con esta noticia, entre los cuales los hubo tan presuntuosos que osaron decir que lo habían visto muerto y habían asistido a su funeral; lo que, sabido por la mujer y por sus parientes, fue ocasión de grandísimo e indecible pesar no solamente de ellos, sino de todos los que lo habían conocido.

Largo sería exponer cuál fue y cuánto el dolor y la tristeza y el llanto de su mujer, quien, después de muchos meses de continua congoja, había empezado a sentir menos dolor y a ser solicitada por los más ilustres hombres de Lombardía. Entonces sus hermanos y todos sus demás parientes se aprestaron a pedirle que se casara, a lo que ella muchas veces y con grandísimo llanto habiéndose negado, obligada, al final tuvo que hacer lo que querían sus parientes, con

esta condición: que habría de estar sin convivir con el marido tanto cuanto le había prometido a micer Torello. Mientras en Pavía estaban las cosas de la señora en estos términos, y ya unos ocho días antes del plazo en que debía ir a vivir con su marido, sucedió que micer Torello vio en Alejandría un día a uno que había visto subir con los embajadores genoveses a la galera que venía a Génova; por lo que, haciéndole llamar, le preguntó que qué viaje habían tenido y cuándo habían llegado a Génova. A lo cual dijo este:

—Señor mío, mal viaje hizo la galera, tal como oí en Creta, donde me quedé; porque estando cerca de Sicilia, se levantó una peligrosa tramontana que contra los bajíos de Berbería la arrojó, y no se salvó un alma; y entre los demás perecieron dos hermanos míos.

Micer Torello, creyendo muy verdaderas las palabras de aquel, y acordándose de que el plazo que le había pedido a su mujer terminaba de allí a pocos días, se dio cuenta de que nada de él debía saberse en Pavía y tuvo la certeza de que su mujer debía haber vuelto a casarse. Cayó así en tan gran dolor que, perdidas las ganas de comer y echándose en la cama, decidió morir. Lo que, cuando llegó a oídos de Saladino, que sumamente le amaba, vino a verle; y luego de una firme insistencia, sabida la razón de su dolor y de su enfermedad, le reprochó mucho no habérsela

dicho antes, y luego le rogó que se animase, asegurándole que, si lo hacía, él obraría de modo que estuviese en Pavía antes del plazo dado; y le dijo cómo. Micer Torello, dando fe a las palabras de Saladino, y habiendo muchas veces oído decir que aquello era posible y se había hecho muchas veces, comenzó a animarse, y a pedir a Saladino que se apresurase en ello. Saladino, a un nigromante suyo cuyo arte ya había experimentado, le ordenó que arreglase la manera de que micer Torello, sobre un lecho, fuese transportado a Pavía en una noche. El nigromante le respondió que así sería hecho, pero que por bien suyo lo adormeciese. Arreglado esto, volvió Saladino a Micer Torello, y hallándolo completamente determinado a estar en Pavía antes del plazo dado, si pudiera ser, le dijo así:

—Micer Torello, si tiernamente amas a tu mujer y temes que pueda ser de otro, sabe Dios que yo en nada puedo reprochártelo porque de cuantas mujeres me parece haber visto ella es quien por sus costumbres, sus maneras y su porte (dejando a un lado la hermosura, que es flor caduca) más digna me parece de alabarse y tenerse en aprecio. Me habría complacido muchísimo que, puesto que la fortuna te había mandado aquí, el tiempo que tú y yo vivir debamos, en el gobierno del reino mío siendo ambos

señores, hubiésemos vivido juntos; y si esto no me hubiera sido concedido por Dios, ya que tendrías el ánimo o de querer la muerte o de regresar a Pavía al final del plazo impuesto, sumamente habría deseado saberlo a tiempo de poder mandarte a tu casa con el honor, la grandeza, la compañía que vuestra virtud merece; lo que, puesto que no me ha sido concedido, y deseas estar allí presente, tal como puedo y en la forma que te dije te mandaré.

A lo que micer Torello respondió:

—Señor mío, sin tus palabras, tus actos me han demostrado bien tu benevolencia, que por mí nunca en tan supremo grado fue merecida, y de lo que dices, aunque no lo dijeses, vivo y moriré convencido; pero, tal como he decidido, te ruego que lo que me prometiste lo hagas pronto, porque mañana es el último día en que deben esperarme.

Saladino dijo que aquello sin duda estaba arreglado. Y el día siguiente, esperando mandarlo durante la noche siguiente, Saladino hizo preparar en una gran sala un hermosísimo y rico lecho con todos los cojines, según su costumbre, de terciopelo y drapeados de oro, y poner por encima una colcha labrada con arabescos de perlas grandísimas y de riquísimas piedras preciosas, la cual fue después tenida por un incalculable tesoro, y dos almohadones tales como

semejante lecho requería. Hecho esto, mandó que a micer Torello, que ya estaba repuesto, le pusiesen un traje al modo sarraceno, que era la cosa más rica y más bella que nunca nadie había visto, y la cabeza, a su manera, hizo que se la envolvieran en uno de sus larguísimos turbantes. Y siendo ya tarde, Saladino entró, con muchos de sus barones, en la alcoba donde micer Torello estaba, y sentándose a su lado, casi llorando, comenzó a decir:

—Micer Torello, el momento que va a separarme de ti está cerca, y como yo no puedo acompañarte, ni nadie, por la condición del camino que tienes que hacer, aquí en la alcoba tengo que despedirme de ti. Y por ello, antes de dejarte con Dios, te ruego que en honor a la amistad que hay entre nosotros, no deseches el recuerdo que tienes de mí, y, si es posible, antes de que nos llegue nuestra hora, que tú, habiendo puesto en orden tus cosas en Lombardía, una vez por lo menos vengan a verme para que pueda yo entonces, habiéndome alegrado con verlos, enmendar la falta que ahora por tu prisa tengo que cometer. Y hasta que esto suceda, no dejes de escribirme y pedirme las cosas que te gusten, que lo haré con seguridad con más agrado que por cualquier otro hombre.

Micer Torello no pudo retener las lágrimas, y por ello, impedido por estas, contestó con pocas pa-

labras que era imposible que nunca sus beneficios y su valor se le fuesen de la memoria, y que sin falta iba a hacer lo que le pedía si es que el tiempo le era concedido. Por lo que Saladino, tiernamente abrazándolo y besándolo, con muchas lágrimas le dijo:

—Ve con Dios —y salió de la alcoba, y los demás barones después de él se despidieron y se fueron con Saladino a la sala donde había hecho preparar el lecho.

Pero siendo tarde ya y el nigromante estando en espera de hacer aquello y preparándolo, vino un médico con un brebaje para micer Torello y, diciéndole que se lo daba para fortalecerle, se lo hizo beber: y no pasó mucho sin que se durmiese. Y así durmiendo fue llevado por mandato de Saladino al hermoso lecho sobre el cual puso él una grande y bella corona de gran valor, y la dispuso de manera que claramente se vio después que Saladino se la mandaba a la mujer de micer Torello. Después, le puso a micer Torello en el dedo un anillo en el que había engastado un rubí tan reluciente que parecía una antorcha encendida y cuyo valor era inestimable; luego le hizo ceñir una espada guarnecida de manera que su valor no podría apreciarse con facilidad, y además de esto un broche que le hizo prender en el pecho en el que había perlas nunca vistas antes, con otras muchas piedras preciosas; además, a cada uno de sus costados, hizo

poner dos grandísimos aguamaniles de oro llenos de doblones y muchas redecillas de perlas, y anillos, y cinturones, y otras muchas cosas que hizo que le pusiesen en torno. Hecho esto, otra vez besó a micer Torello y dijo al nigromante que se diese prisa; por lo que, de inmediato, en presencia de Saladino, el lecho con micer Torello desapareció de allí, y Saladino se quedó hablando de él con sus barones.

Y ya en la iglesia de San Pietro en Ciel d'Oro de Pavía, tal como lo había pedido, llevaba un rato descansando micer Torello con todas las antes dichas joyas y adornos, y todavía dormía, cuando, habiendo llegado la mañana, el sacristán entró en la iglesia con una luz en la mano; y le sucedió que súbitamente vio el rico lecho y no sólo se maravilló sino que sintió un miedo grandísimo, por lo que se fue huyendo. El abad y los monjes sorprendidos le preguntaron la razón. El monje la dijo.

—¡Oh! —dijo el abad—, pues no eres ya ningún niño ni eres tan nuevo en la iglesia para espantarte tan fácilmente; vamos nosotros, pues, y veamos qué espanto has visto.

Encendidas más luces, el abad entró con todos sus monjes en la iglesia y vieron este lecho tan maravilloso y rico, y sobre él el caballero que dormía. Y ocurrió que, mientras temerosos y tímidos, aún sin

acercarse al lecho, veían las nobles joyas, ya cumplida la virtud del brebaje, micer Torello, despertándose, lanzó un suspiro. Los monjes al ver esto, y el abad con ellos, espantados gritaron: "¡Señor, ayúdanos!". Y huyeron todos.

Micer Torello, abiertos los ojos y mirando alrededor, conoció claramente que estaba allí donde le había pedido a Saladino, de lo que se puso muy contento; por lo que, sentándose en el lecho y detalladamente mirando todo lo que tenía alrededor, por mucho que hubiera conocido ya la magnificencia de Saladino, le pareció ahora mayor y más la conoció. Sin embargo, sin moverse, viendo a los monjes huir y dándose cuenta de por qué, comenzó por su nombre a llamar al abad y a rogarle que no temiese, porque él era su sobrino Torello. El abad, al oír esto, sintió mayor miedo como quien por muerto lo tenía desde hacía meses; pero luego de un rato, tranquilizado por verdaderas pruebas, sintiéndose llamar, haciendo la señal de la santa cruz, se acercó a él. Y micer Torello le dijo:

—Oh, padre mío, ¿qué temes? Estoy vivo, gracias a Dios, y aquí he vuelto de ultramar.

El abad después de un momento lo reconoció a pesar de que tenía la barba larga y estaba en traje morisco, y, tranquilizándose por completo, le cogió de la mano y dijo:

—Hijo mío, ¡sé bienvenido!

Y siguió:

—No debes maravillarte de nuestro miedo porque en esta tierra no hay hombre que no crea firmemente que estás muerto, tanto que te diré sólo que doña Adalieta, tu mujer, vencida por los ruegos y las amenazas de sus parientes y contra su voluntad, se ha vuelto a casar; y hoy por la mañana debe irse con su marido, y ya las bodas y todo lo que se necesita para la fiesta está preparado.

Micer Torello, levantándose del rico lecho y disfrutando de grandes agasajos por parte del abad y los monjes, pidió a todos que de su vuelta no hablasen con nadie hasta que no hubiese él resuelto un asunto suyo. Después de esto, haciendo poner a salvo las ricas joyas, le contó al abad lo que le había sucedido hasta aquel momento. El abad, contento de sus aventuras, con él dio gracias a Dios. Después de esto, preguntó micer Torello al abad que quién era el nuevo marido de su mujer. El abad se lo reveló, a lo que micer Torello dijo:

—Antes que se sepa que he vuelto, quiero ver el comportamiento que tiene mi mujer en estas bodas; y por ello, aunque no sea costumbre que los religiosos vayan a tales convites, quiero que por mi amor lo arregles de manera que los dos vayamos.

El abad aceptó de buena gana y, al hacerse de día, mandó un recado al recién casado diciendo que quería asistir a sus bodas con un compañero, a lo que el gentilhombre repuso que mucho le placía. Llegada, pues, la hora de la comida, micer Torello, con aquel traje que llevaba, se fue con el abad a la casa del recién casado, donde suscitó curiosidad, sin que nadie lo reconociese. El abad decía a todos que era un sarraceno enviado por el sultán al rey de Francia como embajador. Sentaron a micer Torello en un mesa justo enfrente de su mujer, a quien con grandísimo placer miraba y en quien descubría gestos de incomodidad por estas bodas. Ella también alguna vez le miraba, no porque le reconociese, pues la larga barba y el extraño traje y la firme creencia de que estaba muerto no se lo permitían. Pero cuando le pareció oportuno a micer Torello ver si se acordaba de él, se quitó del dedo el anillo que su mujer le había dado e hizo llamar a un jovencito que estaba sirviendo y le dijo:

—Di de mi parte a la recién casada que en mi país se acostumbra, cuando algún forastero como yo come en el banquete de una recién casada, en señal de que gusta de que él haya venido a comer, que ella le mande la copa en la que bebe llena de vino, para que luego el forastero beba lo que guste, la cubra de nuevo y luego la novia beba el resto.

El jovencito dio el recado a la señora, que, cortés y discreta, pensando que aquel era un hombre de gran valía, para mostrar que le agradaba su llegada, mandó lavar una gran copa dorada, que fue colmada de vino y llevada al gentilhombre. Micer Torello, que se había metido en la boca su anillo, lo dejó caer en la copa sin que nadie se diese cuenta, y dejando un poco de vino, la tapó y se la envió a la señora. Esta la tomó, para cumplir con aquella costumbre, destapó la copa, se la llevó a los labios y vio el anillo, y sin decir nada lo estuvo mirando un rato; al reconocer en este el mismo anillo que ella le había dado al irse a micer Torello, se quedó mirando fijamente al que creía forastero. Entonces vio a micer Torello y, como si se hubiese vuelto loca, tiró al suelo la mesa que tenía delante, y gritó:

—¡Es mi señor, es verdaderamente micer Torello!

Y corriendo a la mesa en la que él estaba sentado, sin importarle sus ropas ni nada de lo que hubiese sobre la mesa, echándose sobre él, lo abrazó fuertemente y no se la pudo arrancar de su cuello, por dicho ni hecho de nadie que allí estuviera, hasta que micer Torello le dijo que se compusiese un poco porque tiempo para abrazarlo le sería aún concedido largamente. Estando ya las bodas todas revolucionadas y en parte más alegres que nunca por la re-

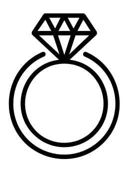
aparición de tal caballero, a petición de este todos callaron; micer Torello entonces contó todo lo que le había sucedido desde el día de su partida hasta aquel momento, y concluyó que al gentilhombre que, creyéndole muerto, había tomado por mujer a la suya, si estando vivo se la quitaba, no debía parecerle mal. El recién casado, aunque se sintiese un tanto burlado, generosamente y como amigo respondió que de sus cosas podía hacer lo que más le agradase. La señora, el anillo y la corona recibidas del nuevo marido allí las dejó y se puso aquel que había cogido de la copa, y así mismo la corona que le había mandado el sultán. Y saliendo de la casa en donde estaban, con toda la pompa de unas bodas fueron hasta la casa de micer Torello, y allí los desconsolados amigos y parientes y todos los ciudadanos, que le miraban como si hubiera resucitado, con larga y alegre fiesta se consolaron. Micer Torello, dando de sus preciosas joyas una parte a quien había hecho el gasto de las bodas y al abad y a muchos otros, y por más de un mensajero haciendo saber su feliz repatriación a Saladino, declarándose su amigo y servidor, muchos años con su valerosa mujer vivió después, siendo más cortés que nunca.

Este fue, pues, el fin de las desdichas de micer Torello y de las de su amada mujer, y la recompensa

a sus alegres y espontáneas cortesías. Y, aunque muchos se esfuerzan en igualarlas, teniendo con qué, las saben hacer tan mal, que las muestran por más de lo que valen, por lo que carecen de mérito y nadie debe maravillarse por esto.

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

La traducción en la que se basó esta selección de cuentos del *Decamerón* es presumiblemente de Mariano Blanch, para una edición de este libro publicada en 1876 en Barcelona. Para una mejor comprensión y disfrute de este libro, se ajustó y corrigió esta traducción.



LIBRO AL VIENTO

15 AÑOS

Colección Universal
Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

Colección Capital
Es de color morado y en ella se publican los textos que tengan como temática a Bogotá y sus alrededores.

Colección Inicial
Es de color verde limón y está destinada al público infantil y primeros lectores.

Colección Lateral
Es de color azul aguamarina y se trata de un espacio abierto a géneros no tradicionales como la novela gráfica, la caricatura, los epistolarios, la ilustración y otros géneros.



TÍTULOS DEL PROGRAMA

85 Lazarillo de Tormes
Anónimo

86 ¿Sueñan los androides con alpacas eléctricas?
Antología de ciencia ficción contemporánea latinoamericana
Jorge Aristizábal Gáfaro, Jorge Enrique Lage, Bernardo Fernández bef, José Urriola, Pedro Mairal, Carlos Yushimito

87 Las aventuras de Pinocho
Historia de una marioneta
Carlo Collodi
Traducción de Fredy Ordóñez

88 Recetario santafereño
Selección y prólogo de Antonio García Ángel

89 Cartas de tres océanos 1499-1575
Edición y traducción de Isabel Soler e Ignacio Vásquez

90 Quillas, mástiles y velas
Textos portugueses sobre el mar

91 Once poetas brasileros
Selección y prólogo de Sergio Cohn
Traducción de John Galán Casanova

92 Recuerdos de Santafé
Soledad Acosta de Samper

93 Semblanzas poco ejemplares
José María Cordovez Moure

94 Fábulas de Samaniego
Félix María Samaniego

95 Cocorobé: cantos y arrullos del Pacífico colombiano
Selección y prólogo: Ana María Arango

96 Cronistas de Indias en la Nueva Granada (1536-1731)
Gonzalo Jiménez de Quesada, Pedro Cieza de León, Fray Pedro Simón, Alexandre Olivier Exquemelin, Fray Alonso de Zamora, Joseph Gumilla

97 Bogotá contada
Carlos Yushimito, Gabriela Alemán, Rodrigo Blanco Calderón, Rodrigo Rey Rosa, Pilar Quintana, Bernardo Fernández bef, Adriana Lunardi, Sebastià Jovani, Jorge Enrique Lage, Miguel Ángel Manrique, Martín Kohan, Frank Báez, Alejandra Costamagna, Inés Bortagaray, Ricardo Silva Romero

98 Poesía satírica y burlesca
Francisco de Quevedo

99 Diez cuentos peruanos
Enrique Prochazka, Fernando Ampuero, Óscar Colchado, Santiago Roncagliolo, Giovanna Pollarolo, Iván Thays, Karina Pacheco, Diego Trelles Paz, Gustavo Rodríguez, Raúl Tola

100 Tres cuentos y una proclama
Gabriel García Márquez

101 Crónicas de Bogotá
Pedro María Ibáñez

102 De mis libros
Álvaro Mutis

103 Carmilla
Sheridan Le Fanu
Traducción de Joe Broderick

104 Caligramas
Guillaume Apollinaire
Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

105 Fábulas de La Fontaine
Jean de La Fontaine

106 Breviario de la paz

107 Tres cuentos de Macondo y un discurso
Gabriel García Márquez

108 Carta sobre los ciegos para uso de los que ven
Denis Diderot
Traducción de Nicolás Rodríguez Galvis

109 Bogotá contada 2.0
Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga, Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta, Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra

110 50 poemas de amor colombianos

111 El matadero
Esteban Echeverría

112 Bicicletario

113 El castillo de Otranto
Horacio Walpole

114 La gruta simbólica

115 Fábulas de Iriarte
Tomás de Iriarte

116 Once poetas holandeses
Selección y prólogo de Thomas Möhlmann.
Traducción de Diego J. Puls, Fernando García de la Banda y Taller Brockway

117 Siete retratos
Ximénez

118 Bogotá contada 3
Fabio Morábito, Daniel Cassany, Fernanda Trías, Iván Thays, Daniel Valencia Caravantes, Luis Noriega, Federico Falco, Mayra Santos-Febres

119 Guadalupe años sin cuenta
Creación Colectiva Teatro La Candelaria

120 «Preludio» seguido de «La casa de muñecas»
Katherine Mansfield
Traducción de Erna von der Walde

121 Sylvie, recuerdos del Valois
Gérard de Nerval
Traducción de Mateo Cardona Vallejo

122 Once poetas franceses
Selección y prólogo de Anne Louyot
Traducción de Andrés Holguín

123 «Piel de asno» y otros cuentos
Charles Perrault
Traducción de Mateo Cardona
Ilustrados por Eva Giraldo

124 Bodas de sangre
Federico García Lorca

125 Maravillas y horrores de la Conquista
Comentarios y notas de Jorge O. Melo

126 Bogotá contada 4
Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria

127 La historia del buen viejo y la bella señorita
Italo Svevo
Traducción de Lizeth Burbano

128 La marquesa de O.
Heinrich von Kleist
Traducción de Maritza García Arias

129 Juan Sábalo
Leopoldo Berdella de la Espriella
Ilustrado por Eva Giraldo

130 Arte de distinguir a los cursis
Santiago de Liniers & Francisco Silvela

131 Versiones del Bogotazo
Arturo Alape, Felipe González Toledo, Herbert Braun, Carlos Cabrera Lozano, Hernando Téllez, Lucas Caballero –Klim–, Miguel Torres, Guillermo González Uribe, Víctor Diusabá Rojas, María Cristina Alvarado, Aníbal Pérez, María Luisa Valencia

132 Once poetas argentinos
Selección y prólogo de Susana Szwarc

133 Bogotá contada 5
Pedro Mairal, Francisco Hinojosa, Margarita García Robayo, Dani Umpi, Ricardo Sumalavia, Yolanda Arroyo

134 La dicha de la palabra dicha
Nicolás Buenaventura
Ilustrado por Geison Castañeda

135 El horla
Guy de Maupassant
Traducción de Luisa Fernanda Espina

136 Hip, hipopótamo vagabundo
Rubén Vélez
Ilustrado por Santiago Guevara

137 Shakespeare: una indagación sobre el poder
Estanislao Zuleta

138 Versiones de la Independencia

139 Cuentos míticos del sol, la aurora y la noche
Teófilo Braga

140 Fábulas de Tamalameque
Manuel Zapata Olivella
Ilustradas por Rafael Yockteng

141 Cancionero de Rock al Parque

142 Bogotá contada 6
Nicolás Buenaventura, Mercedes Estramil, Brenda Lozano, Roger Mello, Rodrigo Fuentes, Jaime Manrique Ardila, Juan Carlos Méndez Guédez

143 «Naricita impertinente» y «La finca del pájaro carpintero amarillo»
Monteiro Lobato
Traducción de Mariana Serrano Z.
Ilustradas por Sindy Elefante

144 Novela de ajedrez
Stefan Zweig
Traducción de David Alvarado-Archila

145 Relatos de fantasmas
Edith Wharton
Traducción de Juan Manuel Caycedo

146 Al amparo del bosque
Antología colombiana de poesía homoafectiva - Investigación y compilación de Omar Ardila

147 Trece relatos nórdicos
Varios autores

148 De sobremesa
José Asunción Silva

149 Decamerón (selección)
Giovanni Boccaccio



COMPARTE LIBROS

que después de ser leídos, deben quedar libres para llegar a otros lectores, y te deja entrar gratis a una biblioteca digital con la mejor literatura.

* * *

Escanea el código, ingresa a la biblioteca y deja volar tu imaginación.





DIEZ CUENTOS DEL DECAMERÓN FUE EDITADO POR EL INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES - IDARTES PARA SU BIBLIOTECA LIBRO AL VIENTO, BAJO EL NÚMERO CIENTO CUARENTA Y NUEVE, Y SE IMPRIMIÓ EN EL MES DE AGOSTO DEL AÑO 2020 EN BOGOTÁ.

Este
ejemplar de
Libro al Viento
es un bien público.
Después de leerlo
permita que circule
entre los demás
lectores.

«En el seno de una literatura cuyo logro más alto hasta entonces era la lírica amorosa, el Decamerón encabeza una rebelión tan inusitada como bienvenida. A cambio del verso, Boccaccio opta por la prosa; y al tono entre místico y moralizante de un Dante o un Guinizzelli, le opone un estilo retozón, jovial y enredador, por momentos vulgar sin arrepentimiento».

HUMBERTO BALLESTEROS

Clásicos de siempre de la literatura

LIBRO AL VIENTO UNIVERSAL

«Valerosas damas, buena cosa es saber hablar bien en todas partes, pero yo juzgo que es buenísimo saber hacerlo cuando lo pide la necesidad. Esto lo supo hacer muy bien una noble señora, la cual no solamente movió a diversión y risa a sus oyentes, sino que ella misma se liberó de los lazos de una infamante muerte [...]».

De «Séptimo cuento del sexto día»
(Giovanni Boccaccio)







